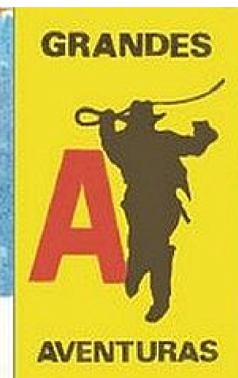
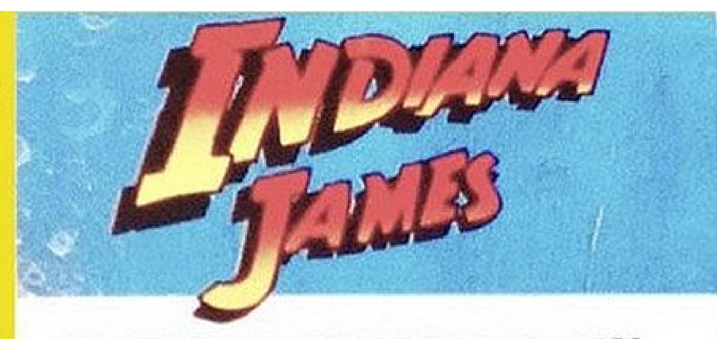




EL TESORO DE GARDEN FLY

No hay nada que me ponga más nervioso que una persona que imita todo lo que hago yo. Supongo que llega un momento en que no se sabe quién imita a quién. Te planteas qué dirá quién te vea. ¿Pensarán que el otro te imita a ti o que tú imitas al otro? Es para volverse loco.

Y si el otro es un indio descomunal y sucio, vestido con chaqueta de flecos, con unas greñas hasta los hombros y cara inexpresiva como un pedazo de basalto, peor que peor.



Indiana James

El tesoro de Garden Fly

Bolsilibros - Indiana James - 6

ePub r1.0

LDS 23.04.18

Título original: *El tesoro de Garden Fly*
Indiana James, 1985
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

No hay nada que me ponga más nervioso que una persona que imita todo lo que hago yo. Supongo que llega un momento en que no se sabe quién imita a quién. Te planteas qué dirá quién te vea. ¿Pensarán que el otro te imita a ti o que tú imitas al otro? Es para volverse loco.

Y si el otro es un indio descomunal y sucio, vestido con chaqueta de flecos, con unas greñas hasta los hombros y cara inexpresiva como un pedazo de basalto, peor que peor.

Está bien, sí, me había salvado la vida y yo se la había salvado a él, y juntos habíamos estado divirtiéndonos por la nieve con un rebaño de Mamuts, es cierto… (¡Sí, es cierto! ¡Lean mi crónica anterior, «En busca de la Prehistoria», y conocerán la verdad!). Bueno, todo eso es cierto y se lo agradecí de mil amores.

Un día, me planté en la calle, me enfrenté resueltamente a él y le estreché la mano.

—Muy bien, Gronk —le dije. Nunca he sabido su verdadero nombre—. Muy bien, Gronk. Aquí se separan nuestros caminos…

—Caminos —exclamó, como si yo hubiera dicho una genialidad desmedida. Y lanzó una carcajada que atrajo la atención de unos cuantos agentes de tráfico—. ¡Caminos, ja, ja, ja!

—Fue bonito mientras duró… —insistí yo.

—¡Bonito, bonito! —repitió él dándome palmadas.

Por fin, un policía se atrevió a pedirnos que circuláramos porque asustábamos a los niños.

Recuerdo que eso fue en Regina, en el estado canadiense de Saskatchewan. Uno de mis primeros intentos de desprenderme de aquella bestia salvaje. Fue inútil. Yo me fui a comer, él fue a comer; yo pagué con mis pocos ahorros, él pagó con dinero que yo no sabía

de dónde podía haber salido; yo fui a trabajar a unos bosques de Alberta, y él se vino conmigo.

—¿*Esto* viene con usted? —me preguntó el capataz.

—No —contesté yo.

—Pues dígale que se vaya. Me pone nervioso —pidió el capataz con voz trémula.

—Dígaselo usted. Yo ya lo he hecho, y no me hace caso.

Teniendo en cuenta la envergadura ciclópea de Gronk y el aspecto del capataz, que parecía un modelo a escala reducida, mi sugerencia no podía prosperar.

—Haremos como si viniera con usted-resolvió el hombrecillo. —Después de todo, parece simpático.

Y cortamos unos cuantos árboles en Alberta.

Más tarde, en las calles de Vancouver (la tercera ciudad más grande del Canadá, demasiada civilización para aquel simio), probé en un par de ocasiones de darle esquinazo. Yo me paraba en seco, señalaba al cielo y hacía «Oh». Cuando Gronk estaba distraído, yo echaba a correr. Pero el indio era un rastreador formidable y, cuando yo me detenía, jadeante, pensando que ya me había librado de él, el muchacho me daba unos golpecitos en el hombro para llamar mi atención y me sonreía «eeeeeeeh», como el animalillo que sabe que ha hecho exactamente lo que se esperaba de él.

«Eeeeeeeeh». Así es como se reía. «Eeeeeeeeh».

Traté de explicarle que es dificilísimo ir en busca de un tesoro acompañado de un gigante que, con su sola presencia, pone en guardia al ejército de naciones enteras. Traté de hacérselo entender hablando despacio.

—Voy a buscar un tesoro… ¿Sabes lo que es un tesoro?

—Sí. Tesoro —repetía él con cara de no entender absolutamente nada.

—Se trata de un secreto entre tú y yo. Un tesoro secreto. Muchos miles de dólares.

—Miles de dólares, sí. —Eso parecía entenderlo un poco mejor.

—Secreto. Tú no puedes venir. Yo vendré a buscarte a ti.

—Tú no puedes. Yo llevarte —concluyó él.

¡Bah! No había forma. Ni siquiera yo mismo sabía qué quería decirle.

—Adiós —me harté, por fin.

Eché a caminar. El iba a ponerse tras de mí, y di media vuelta, imperativo y feroz.

—¡Quieto ahí, Gronk! ¡Quieto! ¡No te muevas!

Se detuvo, indeciso. Yo seguí caminando, de espaldas para no perderle de vista. Cuando hacía el menor ademán de moverse, le gritaba:

—¡Quieto! ¡No te muevas! ¡Quieto ahí!

De esta forma conseguí distanciarme, distanciarme. Entonces, conseguí hacerme entender. Lo noté en su gesto de derrota, en la forma como cedieron sus hombros y pareció vencerse su cabezota. Lo noté, sobre todo, al ver que ya no me seguía y echaba a caminar en otra dirección.

«Por fin», pensé.

Y entonces, lo atropelló un coche.

—¡Mierda! —grité. Y eché a correr hacia él, seriamente preocupado por su salud y dispuesto a romperle los huesos al conductor homicida.

Gronk casi no se había hecho daño. El coche sí. Se le había doblado el guardabarros y algún artefacto interno del motor soltaba un chorro de humo y goteaba. En cuanto al conductor, tuvo que ser atendido con tranquilizantes.

El pobre hombre se había distraído un instante encendiendo un cigarrillo y, al levantar la vista y ver ante sí la espeluznante figura de Gronk, creyó que se había vuelto loco y deliraba, o que aquello era la materialización de algún espíritu infernal, y apenas tuvo tiempo de apretar el freno y sufrir un desmayo. Luego, decía que había visto pasar toda su vida ante los ojos, como quien está a las puertas de la muerte.

Un policía quería detener a Gronk por escándalo y por andar indocumentado, pero yo salí fiador de él y le prometí al agente que nos iríamos cuanto antes a un país remoto, y el agente se dio por satisfecho, aflojó los músculos, me agradeció con lágrimas en los ojos que le ahorrara el trago de enfrentarse contra el gigante amenazador y nos despidió con su bendición.

Así fue como me resigné a que Gronk me acompañara en la búsqueda del tesoro de Gardenfly[1].

Después de todo, el chico podía resultarme útil. Además de su pasmosa habilidad para hacer muecas, tenía suma facilidad para

conseguir dinero. Pronto descubrí su sistema.

—Simplemente, lo pedía.

Se dirigía a cualquier transeúnte, se inclinaba amablemente hacia él, sonreía y decía:

—Dinero.

Tenía un extraño poder de convicción. No sé si sería la brusquedad espontánea de su gesto amable; o quizás aquella sonrisa aprendida y ensayada en compañía de los osos del monte; el caso es que la gente solía ser muy generosa con él. La gente que no salía corriendo despavorida, claro.

Gronk debía tener muy buen concepto del género humano. (Iba a poner «sus semejantes», pero no recuerdo haber visto nunca a nadie semejante a él). Nadie se peleaba con él y le daban cuanto pedía. Ésa era otra de las virtudes de Gronk. Yendo a su lado, el mundo te parecía más cómodo y la gente más bondadosa y la vida más fácil.

Para abreviar, un día de borrachera, mirándole fijamente a los ojos, dije:

—Está bien, me has convencido, no insistas. Somos socios. Mitad y mitad. No sé qué sería de mí sin ti.

El se despertó, bostezó, estrechó mi mano y respondió:

—Socios. Mitad y mitad. Tesoro.

Y siguió durmiendo.

Yo me quedé pensando que aquel indio era más listo de lo que quería dar a entender.

A todo esto, yo había hecho ya algunas amistades aquí y allá, de ésas de guiño y codazo, «ya sabes», y una de ellas, rubia para más señas, me sugirió que hablara con El Alacrán.

Encontré al Alacrán en un suburbio de New Westminster, ciudad anexa a Vancouver.

Lo encontré en un tugurio apestoso donde la música «heavy» nos ensordecía a todos mientras una muchedumbre de muchachos vestidos de cuero, cabezas rapadas y escudos de las SS, que jugaban con sus navajas, miraban alrededor en busca de camorra. Todos se volvieron a mirarme, y sus miradas desdeñosas me recorrieron de pies a cabeza, perdonándome la vida. Hubo alguno que se rió con media boca.

Allí estaba El Alacrán, en la mesa de un rincón, como brillando

con luz propia.

Medía metro y medio, era redondito y calvo, barbilampiño, de ojos inofensivos, cejas enarcadas en perpetua expresión de inocencia. Vestía «Fred Perry», pantalón vaquero y playeras.

—Necesito un pasaporte para un amigo mío —le dije.

—Ya lo sé —me respondió—. Para ese indio grandote que te acompaña…

Tardé en reaccionar.

—Exacto —dije.

—Y también quieres que te consiga un trabajo remunerado para irte de aquí…

Eso era peor. La chica «ya sabes» que me había hablado del Alacrán sabía que yo quería verlo para conseguir un pasaporte falso. Pero yo no le había dicho ni que tuviera un amigo indio, ni que necesitara trabajo remunerado para largarme del país… De cualquier forma, asentí:

—Pues sí, también quiero eso.

—¿No te sorprende que yo lo sepa?

—Hay cosas que me sorprenden más —comenté.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles?

—La teoría de la relatividad de Einstein. No he conseguido comprenderla jamás…

Detrás de mí, rezongó un «skin» de aquéllos:

—No te hagas el listo… Ni se te ocurra hacerte el listo…

A flor de piel, intuí las puntas de filos de muchas navajas que me rondaban.

—¿Sabes por qué sé todo eso? —Volvió a la carga El Alacrán. Se moría de ganas de contarlo—. Porque Marjorie me dijo que necesitarías mi ayuda un par de días antes de que tú le contaras tus problemas. Un buen líder ha de saber rodearse de personas inteligentes, Indiana… —Sonrió—: Como ves, también conozco tu nombre. Marjorie me pidió permiso para hablarte de mí, yo se lo concedí y, entretanto, unos cuantos colaboradores te siguieron los pasos. Por eso, sé que tu amigo el indio algonquino al que tú llamas Gronk…

—Es que ronca por las noches —intercalé, un poco fastidiado.

A Alacrán no le gustaban las interrupciones. Cerró sus ojitos inocentes, contuvo la respiración y suspiró, fatigadísimo. Uno de los

cazadores de cuero me dio un puñetazo en los riñones. Tuve que concentrarme en pensar que necesitaba al Alacrán.

—Por eso, sé que tu amigo, el indio algonquino al que tú llamas Gronk, no tiene pasaporte. Tú, en cambio, sí… Por eso, he deducido…

—Dile al soplapollas que tengo detrás que no se atreva a tocarme jamás, jamás, jamás… —recomendé.

—No vuelvas a tocarle jamás —coreó Alacrán, complaciente—. La próxima vez, limítate a matarle.

Aquello empezaba a ser agotador.

—También sé que andas buscando trabajo —abrevió El Alacrán, molesto porque yo no le había dado oportunidad de describir sus conexiones y demás—. Porque lo sé, y ya está. Bueno, pues tengo las dos cosas para ti. El pasaporte y el trabajo. Sólo te costarán dos mil dólares.

—Está bien —accedí—. Trataré de conseguirlos. Si sabes tanto de mi vida, también sabrás que no dispongo de esa suma.

—Me extraña que seas tan tonto y tengas la fama que te precede, *Indiana James*…

Un inciso. De pronto, mil timbres de alarma se dispararon en mi cerebro. Luces verdes y rojas, intermitentes. Las neuronas corrieron de un lado para otro moviendo los brazos y poniendo caras de horror: «*Indiana James*».

Aquel tipo acababa de pronunciar mi nombre *correctamente*. Por lo normal, la gente suele confundirme con otro, un tal Jones que hace películas. Al parecer, él nació en Indiana y el apodo le viene de cuando hacía la mili. A mí me viene de que una vez gané las 500 millas de Indianápolis. «*Indiana James*», había dicho el lechoncito imberbe, sin equivocarse Francamente, no le hubiera dado importancia sí se tratara de otra persona, pero me ponía muy nervioso que él, precisamente él, El Alacrán, no me hubiera confundido con el otro Indiana. Todo eso pasó por mi cabeza en un instante, mientras el otro iba diciendo:

—Me extraña que seas tan tonto y tengas la fama que te precede, Indiana James… —había dicho él. Y seguía—: Yo te consigo un trabajo en el que ganas dinero y, con ese dinero, tú me pagas el pasaporte. Soy amigo del capitán de un barco ballenero. El os da trabajo, os alimenta y os proporciona transporte. Y vuestro

sueldo, el de los dos, me lo da a mí. Así quedamos en paz.

—Consideraré la oferta —dije. Y di media vuelta.

—No —dijo El Alacrán.

Me encontré ante una barrera de cinco Cazadoras de Cuero que me miraban con ansias asesinas.

—Te preguntarás cómo puedo tener amigos tan incondicionales… —Me volví para mirar al jovencito del «Fred Perry»—, Por dos cosas. Primero… porque nunca dejo que nadie reconsidere una oferta que le hago…

Diciendo esto, me entregó un pasaporte. Dentro, llevaba una foto de Gronk y estaba extendido al improbable nombre de Reginaldo Osvaldo Brindisi. También encontré un papel con otras señas improbables. «Shalla-La», Hu Kanato…

—«Shalla-La» es el nombre del ballenero y Hu Kanato es el nombre del capitán —me aclaró Alacrán, haciendo un paréntesis. Y volvió a la carga—: La segunda razón por la cual estos chicos acatan mis decisiones es porque les permito que cometan asesinatos y otros desmanes y me encargo de su impunidad…

«Ay», pensé yo.

—Sólo se me ocurre una forma de hacerte una rebaja en mi oferta… —Siguió él. Y yo: «Ay»—. Y es que salgas de aquí con vida. Si consigues salir vivo, la broma sólo te costará mil dólares.

No esperé a que se moviera nadie. Me moví yo primero.

Pivoté sobre mi mismo enviando el puño cerrado en busca de los rostros de quienes me acechaban por detrás.

El primer Cazador de Cuero me esquivó. El segundo y tercero recibieron mis nudillos, en rápida fricción, debajo de su nariz, rotura de tabique nasal. Mi puño terminó percutiendo contra la sien del cuarto que le dio un cabezazo al quinto, Simples hematomas.

El primero se sentía feliz y, navaja en mano, se hacía ilusiones respecto a perforarme, cuando recibió la punta de mi bota bajo el esternón, lo que le causó un grave trastorno pilórico.

El resto de matones del local, después de un primer impulso espontáneo y heroico, tuvieron un movimiento de flujo y reflujo. Al oír los ayees de dolor de sus camaradas, decidieron prestar más atención a las telarañas del techo, o se agacharon para abrocharse los cordones de las botas, o se pusieron a estudiar detenidamente el estado de sus uñas.

Simples Hematomas Cuatro y Cinco pensaron que lo suyo no tenía mucha importancia y quisieron aprovechar que yo pateaba el estómago del primero para clavarme sus navajas.

Conseguí agarrarles las muñecas al mismo tiempo. Hice un rápido, sencillo y eficaz giro. Fractura de cubito y radio. Sin soltarlos, usando simplemente la cabeza, los atraje hacia mí y arranqué generosas hemorragias a sus narices. Luego, los empujé hacia el fondo, donde fueron dando vueltas y tumbos y saltos mortales antes de estallarse contra la pared.

Ahora, venían los Roturas de Tabique Nasal Dos y Tres. Supongo que el suyo sería un caso de amor propio. Los esquivé sin demasiado problema y apunté al mentón de uno, craaack, fractura de mandíbula; y al estómago del otro, wwwuuuuups, gastroenteritis aguda de por vida, y punto final con un gancho que arrancó tres muelas careadas y una sana.

El primero, el del puntapié al estómago, trataba de aparentar que no le pasaba nada, que estaba más sano que una manzana, y que aún podía vérselas con diez como yo. Pero se le veía francamente enfermo. Sudaba y tenía la piel de color verde (manzana, eso sí) y le temblaban las piernas. Se lió a dar puñetazos al aire, porque al parecer no enfocaba bien la visual, y acabó cayendo de bruces al suelo, donde siguió dando puñetazos en un sueño inquieto.

Alacrán sonreía.

—Sabía que lo conseguirías, Indiana —me dijo—. Mil dólares por todo.

Lo miré un largo instante, dudando matarlo o no. Sabía que era un hombre muy peligroso. Demasiado peligroso para dejarlo a mi espalda. Pero ya he dicho en otras ocasiones que soy muy tonto y que la mayoría de problemas que encuentro es porque los busco.

Además, algo me decía que no me hubiera resultado tan fácil matarle. El Alacrán daba la sensación de poder predecir perfectamente todas mis reacciones. Lo clasifiqué como uno de esos tipos que siempre apostan a un amigo con un fusil para que te dispare por la espalda si cometes la menor imprudencia.

El caso es que no lo maté. Sólo dije:

—Hasta nunca.

Y salí del tugurio.

CAPÍTULO II

—Me llaman Indiana James —le dije al capitán Hu Kanato, cuando vi que tenía dificultades en pronunciar mi verdadero nombre.

—Bien —asintió con la cabeza, sonriendo enigmáticamente, como buen japonés que era. Imaginé que sería hijo del tipo aquel del puente sobre el río Kwai, porque tenían un aire de familia.

Tomó el pasaporte de Gronk. Su sonrisa de japonés amable e impasible se convirtió en una línea quebrada espeluznante, al ver al mastodonte brutal de apelmazadas greñas negras que le miraba cansino.

Hu Kanato leyó: «Reginaldo Osvaldo Brindisi», y devolvió la atención al rostro sucio de granito, y comprobó si era el mismo que se reproducía en el documento.

Y le dio la risa.

Zarpamos en el ballenero japonés «Shalla-La» a la madrugada del día siguiente. Era un día gris y frío, el Pacífico estaba gris y frío, y las ballenas correteaban distraídas de un lado para otro, ignorando que aquella inmensa factoría flotante iba por ellas. Los arponeros engrasaban los cañones y en las grandes naves de la panza de la embarcación todos iban preparando los utensilios que servían para descuartizar y empaquetar ballenas.

Reinaba un ambiente semejante al que conocí entre los cazadores de mamuts. Unos cuantos tipejos desagradables que se sentían poderosos, astutos y hábiles sólo porque habían aprendido a accionar el gatillo, que mataba a traición animales que podían aplastarlos de un bufido. Les daba mucha risa ver los coletazos de agonía de las ballenas. Pertenecían a esa clase de gente despreciable que disfruta derribando y destrozando aquello que sienten superior a ellos.

Gronk, por ejemplo, les despertaba una curiosidad similar. Entre que era indio y gigantesco y que no hablaba, hacía que todos le mirasen con odio y envidia.

Y, sobre todo, les molestaba la fascinación y reverencia que Gronk manifestaba respecto a las ballenas. Acostumbrado a vivir en contacto con la Naturaleza, y desconocedor por completo de los secretos del mar, la primera vez que vio una ballena, se quedó boquiabierto, extasiado, como si se le hubiera aparecido alguno de los espíritus de las Grandes Praderas.

Gronk disparó el cañón arponero, sí, porque se lo ofrecieron y porque no podía entender la problemática de las ballenas. Y mató a un par y luego contribuyó a descuartizarlas. Pero luego se cansó. Le pareció demasiado fácil y, por tanto, un poco sacrílego. El estaba acostumbrado a pelear contra «grizzlys» y matarlos, pero corriendo un riesgo personal que justificaba la profanación posterior de la muerte. En el caso de la ballena, nada parecía limpio.

Bueno, todo eso es lo que yo supuse que pasaría por la cabeza de aquel bruto al ver cómo miraba a los cetáceos. Si es cierto o no, a mí no me concierne.

La cuestión es que, como iba diciendo, en el caso de la ballena, nada parecía limpio.

Tiempo atrás, como recordarán, estuve enrolado en un petrolero[2] y me prometí no volver a trabajar en eso en el resto de mi vida. Bien, después de mi experiencia en el «Shalla-La», me prometí no mezclarme nunca más con cazadores de cetáceos. El mal olor, la incomodidad y la inestabilidad del lugar se ven acrecentados por el olor y la viscosidad de la sangre y por el espanto de tener que trabajar con materias orgánicas recién fallecidas.

El capitán Hu Kanato no tenía demasiados escrúpulos. Creo que todos los ejemplares que matamos antes de llegar al puerto de Mazatlán, en el estado de Sinaloa, México, pertenecían a las especies protegidas por la Convención de Cambridge. Todas en vías de extinción.

No es que esa u otras convenciones me importen demasiado. Sólo lo digo para dar a entender que no estaba a gusto en aquella cáscara de nuez.

Quizá el único tipo que me daba un poco de conversación fuera

Leo Cano Cornejo Gutiérrez, un tipo bajo y cuadrado, como un paquete de músculos prensados, que a pesar de su nombre hablaba muy mal el español y decía ser descendiente de vascos, la raza más antigua del mundo.

Leo era la persona más parlanchina que he conocido en mi vida. Seguramente porque Gronk era tan lacónico, simpatizaron inmediatamente. Leo Cano Cornejo Gutiérrez hablaba, hablaba y hablaba y Gronk escuchaba encantado, sonreía con su «eeeeeeeeh» característico, y reía y aplaudía en los momentos más inesperados.

Leo contaba, por ejemplo, que había atravesado el Amazonas a nado, peleando contra una anaconda y cortándola en pedazos para alimentar a las pirañas que, así, no se cebaron en él. Y Gronk escuchaba esto con aire ausente, como pensando en sus cosas, como si estuviera allí no para escuchar a Leo sino porque no tenía otra cosa que hacer. Y, de pronto, Leo decía: «… Y entonces llegué a la orilla, encendí una fogata, puse a secar mis ropas y pensé qué haría al día siguiente…», y Gronk estallaba en aquellas carcajadas que conmovían el radar del barco, y repetía, alborozado:

—¡Siguiente, ja, ja, ja! ¡Siguiente…!

Leo Cano Cornejo Gutiérrez empezó a caerme bien el día que golpeó al artillero, haciéndole errar el tiro, al tiempo que gritaba:

—¡Hijoputa, es una cría…!

El artillero era un ogro tripudo, desdentado, sucio y tramposo en el juego, uno que mataba moscas con sus eructos alcohólicos y que presumía de haber violado a mujeres de todos los colores.

Al verse golpeado, se volvió e hizo un gesto como de querer protestar. Leo Cano le pegó en la mandíbula dos veces con el puño derecho y tres veces con el izquierdo, alternando para no cansarse. El artillero, entonces, insinuó que quería contraatacar. Y Leo Cano le castigó el hígado y el estómago para que se doblara y así tener a su alcance la nuca. Golpeó la nuca de arriba abajo y la nariz de abajo arriba, todo al mismo tiempo. Croooak, sonó como si al otro se le hubieran solidificado los sesos. El artillero abrió la boca como para insultarle y Leo Cano le agarró de los pelos y le golpeó diecinueve veces la cabeza contra el cañón arponero.

Y así fue como Leo Cano Cornejo Gutiérrez salvó a una cría de ballena azul.

Desde entonces, los demás tripulantes le cedían el paso en las

puertas o en las escaleras, le dejaban el plato más importante del menú o le cedían el asiento sacando el polvo con un pañuelo para que no se ensuciara el fondillo del pantalón.

—… He pasado cada año de mi vida en un lugar del mundo distinto, viviendo una aventura distinta —contaba, apasionadamente a todos los que querían escucharle, que sólo éramos Gronk y yo—. Mi primer año de vida lo pasé en el País Vasco, aquella tierra misteriosa y turbulenta…

Así nos contaba su vida, año por año. Tenía cuarenta y siete, así que eran cuarenta y siete lugares distintos y cuarenta y siete aventuras distintas. Tenía un año cuando los alemanes bombardearon con ingenios incendiarios, precursores del napalm, la ciudad vasca donde aún hoy están sepultados sus padres. Tenía cinco años cuando ayudó a la Mafia Siciliana a preparar el desembarco de las tropas aliadas en Sicilia. Tenía diez años cuando los comunistas chinos lo hicieron prisionero en Yenan. A los quince, se enteró en Moscú de la muerte de Stalin. A los veinte, luchó en Argelia contra los ocupantes franceses. A los veinticinco, luchó con los mercenarios en el Yemen y en Kenia, a los treinta, iba con los norvietnamitas que ocuparon Saigón… Y esto sólo por mencionar su vida cada cinco años.

—¿Y a dónde vas ahora? —le pregunté yo.

—Pronto será mi cumpleaños y los cuarenta y ocho quiero pasarlos en Guinea… En Guinea-Bissau, luchando contra los esclavistas…

—*¿Guinea-Bissau?*

Palabras mágicas. El tesoro que yo iba a buscar estaba precisamente en la costa de Guinea-Bissau. Allí fue donde, en 1705, se hundieron dos barcos franceses que habían ido a La Española a vender esclavos y que volvían cargados de doblones de oro. El «Jungfrau» y el «Lyon». Entre los dos debían reunir unos 18 000 escudos de oro. Un amigo mío, el que lo había descubierto, calculando que cada escudo pesara unos 60 gramos, descubrió que en el fondo del Atlántico le estaban esperando mil kilos de oro. Sólo por el peso, sin contar con el valor artístico, numismático y antropológico y arqueológico del hallazgo, allí me esperaban muchos millones de dólares.

—¿Guinea-Bissau? —dije—. Yo voy allí.

—¿Ah, sí? Podríamos ir juntos. ¿Qué le parece?

—No creo que sea posible… —Me resistí—. Antes he de pasar por Sicilia…

—¿Sicilia? ¡Me encanta Sicilia! ¡Tengo muchos amigos allí! ¿No te he contado que, cuando tenía cuatro años, ayudé a los norteamericanos a desembarcar en Sicilia?

—Antes, has dicho que tenías cinco años…

—Bueno, es igual, el desembarco fue en el 43, el 10 de julio. Yo nací en el 37, pues calcula tú… ¿Y cómo piensas llegar a Guinea-Bissau?

—No sé… —Le fui sincero—. De momento, todo lo que gano en este barco se me va en humo… Cuando haya cumplido con la deuda que tengo con el capitán, lo dejaré y seguiré a lo mío.

Leo Cano se rió muy a gusto.

—Ja, ja, ja, con que honrado, ¿eh?

Y Gronk le coreaba:

—¡Ja, ja, ja, honrado, ja, ja, ja, honrado!

Y, al oír sus carcajadas, siempre aparecía algún tripulante por donde estábamos y decía:

—¿Pasa algo? Ah, oh, nada, creíamos que se había provocado una vía de agua, o que habíamos colisionado con un iceberg…

En el resto del viaje, hasta Mazatlán, Gronk y yo fuimos estrechando nuestras relaciones con Leo Cano.

El día antes de llegar a Mazatlán nos dijo que pensaba dejar el barco.

—¿Para qué llegar hasta el Cono Sur si queremos ir al Ecuador? —argumentaba. Y añadía—: ¿Os venís conmigo?

—¿A ti qué te parece? —le consultaba yo a Gronk.

Y Gronk respondía:

—Gronk.

—Venid —dijo Leo Cano por fin.

Acabábamos de entrar en el puerto de Mazatlán y la mayoría de la tripulación había bajado a invadir la ciudad. A pesar de eso, los movimientos de Leo Cano me parecieron extremadamente cautelosos, como furtivos. Olí el peligro. Y creo que Gronk también lo olió, porque, a pesar de su envergadura, yo no notaba su presencia a mi espalda. A veces, aquel mastodonte parecía ligero

como un pájaro.

Nos introducimos en la zona de la factoría, donde el olor a grasa y a sangre era tan fuerte que parecía meterse por los ojos. Cruzamos por un balconcillo metálico sobre la gran lengua del último de los animales muertos, una gran masa gelatinosa de color casi blanco, que se movía como un flan al menor oleaje.

Bajamos la escalerilla y cruzamos entre vértebras de metro y medio donde aún había carne pegada.

—Mira esto y dime si conviene ser honrado con Hu Kanato.

Me asomé.

Fue entonces cuando Gronk dijo: «Cuidado», pero yo no le oí. En el fondo de aquella sentina secreta se amontonaban como monstruosos insectos de metal ametralladoras, morteros, bazookas y demás modelos de armamento que parecían acechar en la penumbra.

Gronk repitió:

—Cuidado.

Pero ya era demasiado tarde.

—Muy bien, señores fisgones. Ahora ya me habéis dado el motivo que buscaba —anunció alguien desde el balconcillo.

Era el artillero tripudo, desdentado, sucio y tramposo. El que había tenido unas palabras con Leo Cano cuando quería matar una cría de ballena azul. Tenía una antigua pistola «Máuser» en la mano, un cachivache grande y feo. Y no estaba solo. Con él había tres tipos más. Dos con pistolas «Colt» y uno con una moderna «Uzzi».

—¡Te dije que me las pagarías…! —Siguió el artillero. Era de ésos que hablan antes de matar. Que no soportan que sus víctimas se vayan al cuerno sin saber por qué, y tienen que humillarlas antes de apretar el gatillo. Había matado suficientes personas como para saber que después de acabar con alguien viene a continuación un vacío demasiado grande, demasiado inútil. Un charlatán, vaya. Le dijo a Cano que se las pagaría y ahora se las iba a pagar, porque a él nadie le había puesto la mano encima impunemente, y blablablá.

—Cada uno por su lado —susurré yo sin mover los labios.

—Sentina —se pidió Leo Cano.

—Vértebras —dije yo.

—Gronk —concretó Gronk.

El artillero, sonriendo maquiavélicamente, ya había llegado al párrafo que puntualizaba: «… la tuya será una muerte lenta, un balazo por cada uno de los golpes que me diste…».

Se estaba escuchando demasiado a sí mismo para prestarnos atención a nosotros.

—¡Ya!

Ahora estábamos y en el instante siguiente ya no estábamos. Leo Cano se dejó caer por la trampilla que llevaba a las armas. Yo di dos zancadas y me parapeté tras las grandes vértebras de ballena. Gronk, simplemente, se volatilizó.

Dos segundos después, dos largos segundos después, sonaron los tiros y los gritos de sorpresa de los cuatro mastuerzos. Chillaron las balas rebotando en las paredes metálicas.

—¡No seas imbécil, Ogro! —bramó Leo Cano desde la sentina—. ¡Si tú tienes armas, yo tengo muchas más! ¿Qué te apetece? ¿Un poco de fuego graneado de mortero? ¿O una ráfaga de balas dum-dum…?

—¡Estás borracho, Cano! —respondió el Ogro a gritos—. ¿Vas a hacer puntería por esa estrecha trampilla y tratar de darnos a nosotros sin hundir el barco?

Razonaba bien.

—¿Quién te dice que no quiero hundir el barco? —replicó Leo Cano, no muy seguro.

—¿O vas a levantar a peso una ametralladora de cincuenta kilos hasta la boca de la trampa para dispararnos con ella manteniéndola a pulso…?

—¡Sí, Ogro! ¡Creo que es eso lo que haré!

Como siempre, al artillero Ogro le perdía su verborrea. Y también a todos sus amiguetes. Mientras se extendían en inútiles diálogos, yo ya había trazado mi plan de ataque.

Pero necesitaba a Gronk. ¿Dónde estaba Gronk?

No en vano habíamos luchado juntos contra auténticos mamuts. Fue pensar en él y Gronk apareció.

Primero, observé los efectos de su aparición.

Fue como si una locomotora hubiera chocado contra los pilares del balconcillo. Un ruido infernal retumbó por la gran nave y el balcón se estremeció en una vibración increíble, derribando a los cuatro que estaban sobre él.

Yo salté.

Me encaramé a la parte más alta de una vértebra y salté por encima de la baranda a la parte alta de la escalerilla.

El de la «Uzzi», sorprendido, se volvió hacia mí y disparó a ciegas, para intimidarme. No lo consiguió porque yo no esperaba menos de él. Sólo salté a un lado para esquivar la bala y le agarré de la camisa mientras le hundía la nariz de un directo.

El pasillo era estrecho y los unos se estorbaban a los otros. Yo ya contaba con ello.

Parapetándome tras el «Uzzi», al que sostenía en vilo, empujé como un ariete. Sonaron disparos continuos, como una traca, y noté los impactos contra el cuerpo del que me protegía.

Chocaron los otros, unos con otros.

Utilizando al muerto como arma contundente, conseguí tirar de lo alto del balcón a uno de los «Colt». El tipo se hundió blandamente en la lengua gelatinosa.

Al Ogro artillero, que era quien venía a continuación, le quité la «Máuser» de la mano y le golpeé con la culata en mitad de la frente.

El otro «Colt» trataba de pasarse de listo conmigo, pero no vio a Gronk, a su espalda, y antes de que quisiera darse cuenta, ya estaba volando por los aires y se estrellaba contra el fondo de la factoría.

El «Colt» de abajo se había puesto en pie, en medio de la inmensidad de la lengua de ballena, y hundido en ella hasta las rodillas, me apuntaba decidido a matarme.

Gronk saltó ágilmente contra él por encima de la barandilla…

… Al tiempo que yo lanzaba al aire la «Máuser» para sujetarla bien por la culata…

… Y que Leo Cano gritaba, desgarrador:

—¡Nooo, cuidado, Gronk!

Y su mano accionaba el disparador de una «Maschinengwer» 60 y enviaba una rociada de balas al lugar donde debían encontrarse Gronk y el del «Colt».

Había cumplido su palabra casi en parte. La ametralladora que había izado hasta la trampilla sólo pesaba 16 kilos y las balas no eran
dum-dum
sino calibre «223» con cabeza de acero.

Por un instante, mientras yo disparaba la «Máuser» de arriba

abajo, vi a Gronk cayendo hacia aquella lluvia horizontal.

En realidad, el indio tuvo más reflejos que Leo Cano y yo. Quedó agarrado a la barandilla, colgando por encima de aquel chico mal aconsejado que ahora pataleaba en medio de una nube de su propia sangre y jirones de carne, mientras el balazo de mi «Máuser» le entraba por el frontal y le salía por el occipital.

Cayó como un saco y fue engullido por la blandura asquerosa de la lengua de ballena.

Guardamos un minuto de silencio por los difuntos. Para ver si había que rematar a alguno. Luego, Leo Cano dijo:

—Esto es lo que me gusta de la vida de aventura. Que no tomas decisiones. Las decisiones te toman a ti. ¿Nos vamos, chicos?

Me metí la «Máuser» en la parte de atrás del cinturón, donde quedaba oculta por mi chaleco de cremalleras. Leo Cano se quedó con la «Uzzi». A Gronk no le dejamos que cogiera ninguna arma de fuego porque podía hacerse daño.

Salimos de la zona de factoría adoptando un millón de precauciones. Atisbábamos por las puertas y, si no había nadie, uno de nosotros movía la mano así y decía «Adelante» o «No hay peligro». Como en las películas.

—¿Dónde vas, Leo? —pregunté yo.

—A cobrar mí parte. Tú puedes hacer lo que quieras con la tuya, pero yo no le pienso regalar la mía a un sucio traficante de armas, asesino de crías de ballena y amarillo limón.

Dio un patadón a la puerta del despacho del capitán.

Todos nos sorprendimos al ver que había gente dentro. Uno hizo un gesto muy raro con una pistola y Leo Cano le metió quince balas en el estómago. Un segundo de apretar el gatillo de una «Uzzi» representan quince balas.

Hu Kanato y un mexicano de largos bigotes levantaron las manos. Era evidente que estaban cerrando un trato. De lo que fuera. Porque sobre la mesa había un montón de dólares que hubiera mareado a Rockefeller.

Leo Cano cogió un fajo de billetes.

—No cojo más que lo que me pertenece —anunció—. ¿Me vas a perseguir, Kanato?

El capitán del barco le miró y parpadeó.

—Claro que sí.

Leo Cano cogió un par de fajos más.

—Entonces, me llevo esto para gastos. Reconocerás que me he ganado la ley de la ventaja. Y, ahora, lo siento…

Apenas se movió. Su mano salió disparada, la «Uzzi» chocó contra la sien del japonés que cayó sentado en su silla giratoria.

—¡A mí no, a mí no! —dijo el mexicano en español.

Pero Leo Cano, a pesar de que decía descender de vascos, no hablaba ni entendía una palabra de español. Y menos en aquel momento. ¡Crac!, y el mexicano cayó redondo al suelo.

—¡Vámonos, chicos!

Y nos fuimos. Leo Cano Cornejo Gutiérrez, un indio al que todos llamaban Reginaldo Osvaldo Brindisi y al que nosotros llamábamos Gronk, y un servidor de ustedes.

Habíamos dado un paso más en nuestra búsqueda del tesoro.

CAPÍTULO III

Atravesamos México de Oeste a Este en una «combi». Rover que Leo Cano compró al contado.

Una auténtica visita turística a ciento cincuenta por hora buscando el lugar más insólito, donde menos pensaran Kanato y su amigo mexicano que iríamos a parar nosotros, aunque la presencia de mi buen Gronk nos haría inconfundibles.

De la zona de Durango que atravesamos sólo observé que parecía un decorado de «western» de Hollywood. Leo Cano me contó que, de hecho, por aquella zona se rodaban muchos de los films que tenían a John Wayne de protagonista. Al pasar por Zacatecas, visto y no visto. Cano me contó que tenía «imponentes construcciones de cantera rosa», que no sé qué debían ser, pero por lo visto no había nada igual en todo el mundo. Leo Cano parecía un guía turístico. Al pasar por San Luis Potosí, nos dijo que le debía el nombre al Rey San Luis, de Francia, y a que Potosí, en lengua quechua, significa «Fantástica Riqueza».

Clavó el freno en Tampico, estado de Vera cruz, quizás el puerto mexicano más importante del Golfo.

—Aquí tengo amigos —nos dijo—. De cuando trabajé en las refinerías de Ciudad Madero. Os llevaré a un lugar donde estaréis seguros, mientras me dedico a «mover hilos».

—Leo… Yo también tengo cosas que hacer —dije.

—Está bien, pero no te pasees con el amigo Reginaldo porque se hace notar mucho.

—Leo… —empecé.

—Ya sé, ya sé. Coge todo el dinero que quieras. Es tan mío como tuyo. Si en lugar de alargar la mano yo la hubieras alargado tú, ahora sería yo quien diría así «Indiana…». ¿Y tú qué me dirías?

—Gracias, Leo. Quedo en deuda contigo.

—Algún día.

Pensé que yo estaba corriendo en pos de un tesoro y que aquel hombre, aun sin saberlo, me estaba financiando el viaje.

Dejamos a Gronk en una chabola miserable de las afueras. Para que se quedara quieto, pagamos a un viejo para que le enseñara a hacer pajaritas de papel.

Por fin sólo en medio de aquella ciudad donde se mecía la industria y el turismo, pude recuperar con tranquilidad mi dedicación al documento que me decía dónde se escondía exactamente el tesoro de Guinea-Bissau. Tomando tranquilamente una cerveza frente al mar, viendo cómo se cruzaban las barcas de pescadores con los yates de recreo y los remolcadores de grandes naves, recordé que todo había empezado con una hoja de la carta de un loco.

El marino inglés Gardenfly fue uno de los pocos supervivientes en el pavoroso naufragio que acabó con las goletas «Jungfrau» y «Lyon». De regreso a su país, ingresó en un manicomio y allí se dedicó a escribir cartas que habían despertado la atención de los humanistas pero que jamás habían interesado a historiadores o arqueólogos.

En una de esas cartas decía que, en medio de la tormenta, mientras veía ante él determinadas luces en la oscuridad, extendió los brazos en cruz y a la derecha señalaba una campana y a la izquierda un ojo centelleante… Y en ese momento se hundió el barco con una tonelada de oro en su barriga.

Nada más fácil, pues. Ya me veía a mí mismo en medio de la bahía de Bissau, poniéndome con los brazos en cruz, buscando los lugares de referencia (que debían de ser lo bastante grandes como para que el loco de Gardenfly los viera en la oscuridad y los recordara más tarde) y diciendo, por fin:

—¡Aquí es!

Entonces, necesitaría a dos excelentes buceadores, al menos, capaces de bajar a cualquier profundidad para recoger moneditas de oro del siglo XVIII. Tenían que ser de absoluta confianza, me dije.

Por eso, tenía que ir a Guinea-Bissau pasando por Sicilia. Los hermanos Forlani me echarían una mano. Y me repetí: «Son de absoluta y total confianza». Cuando los conocí, la policía los

buscaba por triple o cuádruple asesinato. Al parecer, algún insensato había piropeado a una chica de un pueblo cercano que le gustaba especialmente a Sandro Forlani. Bueno, no la había visto nunca, pero alguien le había dicho que la chica era simpática y él ya había hecho proyectos respecto a ella. Así las cosas, a un tipo en un bar se le ocurrió decir no sé qué lindeza de la muchacha… Y, en fin, no sé muy bien lo que ocurrió, pero los Forlani son de confianza.

Eso me decía yo, en Tampico, cada vez más preocupado. Cuando se trataba de los Forlani, uno nunca recordaba exactamente cómo habían ido las cosas.

—Son de confianza —dije, por fin—. Y, en todo caso, tengo una pistola «Máuser» con el cargador lleno…

Me puse en marcha. Lo que había ido a hacer al centro de Tampico sólo era un palo de ciego, mera formalidad, pero la experiencia me ha enseñado que en mi vida todas las preocupaciones son pocas.

Un amigo mío, el grandullón y precavido Sam «Luke». Morrison Norton, ya había muerto cuando iniciaba la búsqueda de este tesoro. Estaba preparándolo todo en Bissau, esperando que yo fuera a verle, cuando le pegaron un tiro. Paradójicamente, el que lo mató ni siquiera sabía que existiese un tesoro, pero desde entonces el mundo había dado muchas vueltas y los rumores corren más deprisa que el fuego sobre la pólvora.

En el edificio central de Comunicaciones, pedí que me comunicaran con Guinea-Bissau. Recordaba perfectamente cuál era el hotel donde se había hospedado Sam «Luke». Morrison Norton.

Mientras esperaba la llamada eché una nostálgica mirada al documento de Gardenfly, o a lo que quedaba del último papel donde lo había transcrito por última vez. Cuando se me había pulverizado en la bota, el papel del siglo XVIII, lo copié exactamente en otro papel, y luego en una piel de oso, y luego no sé cuántas transcripciones más se sucedieron.

Inútilmente, porque yo recordaba a la perfección los detalles de los brazos en cruz, la campana a la derecha, el ojo centelleante a la izquierda… Siempre imaginé que el otro ojo centelleante sería un faro, en la noche. Y, en aquel momento, me asaltó la duda: «¿Había intermitentes en el siglo XVIII?».

No me había respondido nada aún cuando contestaron desde Guinea. Gran prodigio, la tecnología moderna.

—Quiero hablar con el señor Samuel Morrison Norton —mentí.

—El señor Morrison murió, señor…

—¡Dios mío, ¿en serio?! —fingí—. ¡Qué horror…! ¿Y no hay por ahí ninguna persona que le conociera, algún pariente, o amigo íntimo, o conocido…? Me gustaría hablar con él…

—¿Le parece bien la señora Morrison?

Me quede sin habla. No sabía que Sam Morrison estuviera casado.

—Pues… sí. Me gustaría darle mis condolencias…

—¿Dígame? —preguntó entonces una voz tan sensual que casi me hizo llorar como un niño.

—¿Señora Morrison? —pregunté.

—¿Quién es?

—Me llamo Indiana James. Yo fui un gran amigo de su marido, señora…

—*¡Indiana James!* —dijo ella, entusiasmada. Y repitió—: ¡Indiana James, por el amor de Dios, Indiana James, todo el mundo le daba por muerto…! ¡Indiana James…!

Caramba, una vez más me reconocían por mi nombre. Una vez más, no me confundían con mi tocayo Jones. Aquello era tan fuera de lo común que empezaba a angustiarme.

—¡Oí que te habían muerto en el Triángulo de las Bermudas, junto con Harriford Jones!

—Bueno, pues no me morí, ya ves…

—¡Me gustaría tanto que vinieras y habláramos de mi marido…! ¡Tú debes conocer tantas anécdotas de él…!

Todo aquello me olía a chamusquina.

—Señora Morrison… —le corté.

—Llámeme Perla —pidió.

—Perla… ¿Sabes si tu marido dejó algún negocio pendiente…? —dejé la frase sin terminar, pero ella ya había comprendido.

—¿Te refieres a Gardenfly? —insinuó.

—Al «Jungfrau» y al «Lyon» —rematé yo, como cumpliendo un santo y seña.

—Todo está a punto, Indiana. Un par de canoas con motores de 45 c. c.,

equipos de inmersión, un compresor, víveres para una semana, y un pequeño barquito de quince metros que se llama «La Reina de África»… ¿Cuándo viertes?

—El tiempo de encontrar un taxi.

—Yo iré buscando tripulación y buceadores expertos…

—¡No! —corté con energía. Todo aquello ya me inquietaba bastante por sí solo. No hacía falta que la nena reclutara a una tribu de matones para esperarme—. Yo buscaré a los buceadores y a la gente. Hay que ser desconfiado. Perla. Por un tesoro como el de Gardenfly puedes llegar a encontrarte en serios problemas.

—Está bien… —aceptó Perla.

Corté la comunicación y me alegré de tener a mi alcance una pistola «Mauser» y un par de amigos como Gronk y Leo Cano. Tenía la inquebrantable convicción de que en Guinea Bissau nos íbamos a encontrar con problemas muy, pero que muy serios.

Fui al encuentro de Leo Cano y los dos nos trasladamos en la «combi» hacia el barrió extremo donde esperaba pacientemente Gronk.

—Todo listo —me notificó Leo Cano—. Un amigo mío tiene una avioneta particular en un aeropuerto cercano y puede llevarnos hasta Nueva Orleans. Me ha dicho que es más prudente huir hacia el Norte que hacia el Sur… Si todo va bien, en Nueva Orleans podremos tomar un avión hasta Roma y, de allí, otro hasta Palermo… Creo que, desde Palermo, deberíamos recurrir de nuevo a una avioneta particular. Al amigo Kanato le quité más de lo que quería y ahora creo que no es momento para devolverle el resto…

—Leo… —dije, después de un corto carraspeo. En realidad, no sabía qué decir.

—¿Sí?

—Yo no voy a Guinea a luchar contra los esclavistas…

—Ya lo sé.

—Voy a otra cosa.

—Me imagino.

—Tarde o temprano, tendremos que separarnos…

—¡Y te juro que ese momento lo lamentaré, Indiana!

—Te digo todo esto, en fin, Leo, porque, ya sabes, si no quieres, no hace falta que vengas con nosotros a Sicilia…

—¡Pero es que quiero ir con vosotros! —exclamó él con énfasis-

De momento, hagamos el viaje juntos. Cuenta con mi dinero para llegar a Bissau, Indiana… Y, cuando el destino decida que nos separemos, pues te desearé buen viaje…

Suspiré aliviado. Sí, la verdad es que necesitaba de su fuerza, de su valentía y de su dinero.

—Indiana… —dijo él entonces, como si se le acabara de ocurrir algo…

—¿Sí?

—Pero, si no quieres que vaya contigo, no voy.

Sonreí. Sonreímos. Le tendí la mano. Nos las estrechamos.

—¡Claro que quiero que vengas conmigo! —dije.

Cuando nos encontramos con Gronk, éste sabía hacer perfectas pajaritas de papel con una mano. El anciano se había ganado su dinero. Casi sin frenar el vehículo, salimos disparados de nuevo hacia las afueras de Tampico.

Allí nos esperaba un «Fokker» 27 con los motores en marcha, un piloto que parecía automático a pesar de tener dos manos, dos pies y (creo que) una cabeza, e iniciamos un viaje que se anunciaba sin dificultades.

Hu Kanato y el mex de los bigotes habían sido definitivamente burlados, me dije. Ahora, sólo faltaba burlar a cualquier cosa que estuviera esperándome en Guinea. Los Forlani me ayudarían.

En Nueva Orleans nos recibieron con los brazos abiertos. Esto es: cerrándonos el paso y enviándonos a la oficina de Inmigración, donde nos desnudaron, hurgaron, hasta en las partes más íntimas de nuestro cuerpo en inútil busca de droga, y nos desarmaron.

Se relajaron un poco al ver que no parecíamos ocultar nada delictivo pero, al mirar al pasaporte de Gronk, se recrudecieron los líos.

—Reginaldo Osvaldo Brindisi… —recitó el policía, mirándonos a Leo y a mí, y tratando de ver si alguien se ocultaba tras la humanidad del indio.

—Es él —tartamudeé yo, temiéndome la tempestad que se avecinaba—. De ascendencia italiana… —El policía miraba horrorizado la máscara de suciedad e inexpresividad que Gronk tenía en lugar de cara. Seguramente, trató de descubrir en él alguna remota referencia racial a lo latino, pero se rindió. Yo lo intenté de nuevo—: Precisamente, vamos a Sicilia a ver a su familia…

Supongo que la última frase es la que nos salvó. La perspectiva de librar a Estados Unidos de la presencia de Gronk debió de parecerle al agente un acto patriótico. Después de ponernos una custodia que garantizara que no íbamos a salir del aeropuerto, nos dejaron en paz.

Leo y Gronk acabaron durmiendo en un rincón, tan alto el uno, tan bajo el otro, tan compactos paquetes de músculos los dos. Yo me compré un libro para matar el rato y distraer mis siniestras elucubraciones.

«El Nombre de la Rosa». De Umberto Eco. Pensé que leer a un autor italiano me prepararía para el próximo futuro, y me dediqué con entusiasmo a las aventuras de un monje medieval llamado Baskerville. Dioses, la de aventuras que podían llegar a sucederle sin salir de un convento, y lo mucho que podía aprenderse en aquella laberíntica biblioteca. Me pareció absurdo andar corriendo de un lado del mundo para el otro en busca de aventuras, cuando es tan fácil encontrarlas en tan reducido espacio.

En tan reducido espacio como el de un convento.

O como el de un simple libro.

En resumidas cuentas, que me salté los latinajos pero me enamoré de la acusada de bruja, y deseé con todas mis fuerzas perderme en el fantástico y arcano laberinto.

Una chica de voz musical nos invitó a que, a través de una serie de laberínticos pasillos, llegáramos hasta el avión de la TWA que nos iba a llevar a Italia.

Me emocioné como si me sugirieran viajar a la noble y misteriosa Edad Media europea.

Allí fue exactamente donde fuimos a parar.

No me refiero a Roma, ni a Palermo, donde nos limitamos a ver aeropuertos, que son idénticos en todas las partes del mundo. Hablo del viaje de Palermo hasta Sciascia, el pueblo donde vivían los hermanos Forlani. Hablo de gente vestida de negro, con pañuelos en la cabeza las mujeres, camisas impolutamente blancas abrochadas hasta el cuello los hombres. Sin corbata. Con aquella única ceja que cruza el rostro de un lado a otro, como una cicatriz ancestral. Todo el mundo miraba a Gronk, pero nadie variaba la expresión. Tan impertérritos como el mismo indio.

Llegué a la conclusión de que el muchachote se sentiría bien en

aquella nueva tierra. Me pregunté cómo sería un duelo de miradas entre Gronk y uno de los patriarcas de la zona. Me pregunté quién pestañearía primero.

El mismo *carabiniero* que controló el pasaporte de Gronk en el aeropuerto de Palermo, al comprobar que el indio se llamaba Reginaldo Osvaldo Brindisi, le miró con los párpados a media asta y dijo:

—¿*Voi siete italiano*? —O algo así.

Gronk respondió:

—Gronk —o algo así.

—Bueno —intervine yo—. En realidad, no es italiano de pura cepa. Su tatarabuelo era italiano, uno de los pioneros en el estado de Montana…

—Déjele hablar a él —me cortó el *carabiniero*. Luego, dio un cabezazo en dirección a mí, satisfecho por haberme puesto en mi sitio, y sonrió al impasible Gronk—. Está bien, adelante. Bien venido. —Le devolvió el pasaporte con una palabra italiana—: *Grazie.*

Y Gronk respondió con otra:

—Prego —o quizá me lo pareció. Estuve mirándole fijamente, preguntándome una vez más si dentro de aquella piedra pómez no habría más gramos de cerebro de lo que podíamos imaginar.

—¿Por qué le mira con tanta insistencia? —me preguntó un señor que pasaba por allí—. ¿No ve que es un indio?

Viajamos a Sciascia en un viejo autobús, entre una masa de gente, que, en cuanto se acostumbró a nuestra presencia, se puso a hablar a gritos moviendo los brazos. Una señora, a mi lado, empezó a interesarse por los motivos que teníamos para ir a Sciascia, y cuántos días íbamos a estar allí, y si se trataba de un viaje de negocios o simple turismo, y ¿éramos europeos o americanos? Y me preguntó si no conocía yo a un primo suyo que trabajaba en New Jersey…

Yo le hice saber que no entendía el idioma, pero a Leo Cano se le ocurrió decir que chapurreaba el italiano y fue sometido a un intenso y despiadado interrogatorio.

Gronk enseñó a una señora a hacer pajaritas de papel. Parecía haberle cogido gusto a la papiroflexia.

El viaje se desarrolló con normalidad. Es decir: En poco más de

cien kilómetros efectuamos las doce paradas reglamentarias del servicio, más treinta y cuatro para depositar a viajeros que querían apearse fuera del recorrido establecido, más siete para recoger paquetes y encargos de señoras que salían corriendo a la carretera, y siete más para entregar dichos paquetes o encargos a señoras que no tenían ninguna prisa en recibirlos. Más veintidós frenazos más para que la gente hiciera sus necesidades, más doce para que vomitasen los niños que se habían mareado, y unas cuantas más cuya finalidad nunca llegaré a saber… En resumen, vino a resultar una parada por kilómetro.

Se detuvo el autobús en Sciascia y bajamos Gronk, Leo Cano y yo.

Se fue el autobús dejándonos en una desierta, árida y desolada plaza central, en la única compañía de un perro que se dedicaba a regar un árbol.

El sol caía a plomo. No se movía ni una hoja. Si nos hubiéramos parado a escuchar, hubiésemos oído nuestras respiraciones agitadas.

Todo aquello me olía mal. Pésimamente mal. Horrorosamente mal. Deseé abandonar para siempre la búsqueda del maldito tesoro. Pero no estaban dispuestos a permitírmelo.

En alguna parte, alguien comenzó a disparar.

CAPÍTULO IV

Echamos a correr como gamos, buscando refugio en unos porches donde la sombra era tan helada como una ducha de agua fría. Lo primero que pensamos fue que no llevábamos armas. La policía de Nueva Orleans había transigido en todo excepto en devolvernos la «Mauser» y la «Uzzi». Lo siguiente que se nos hizo obvio fue que no disparaban contra nosotros, sino que el tiroteo se llevaba a término en el otro lado del pueblo.

De pronto, una casa voló por los aires.

Cascotes y trozos de vigas salieron dando tumbos por los aires, al tiempo que una explosión estremecedora nos ensordeció a Leo y a mí, e hizo soltar una alegre carcajada a Gronk.

En ese momento, la curiosidad predominó sobre la prudencia. Como suele sucederme. Y los tres corrimos por una estrecha callejuela en dirección al lugar del desastre.

Trepamos por una cuesta. Al final de ella, en una plazoleta, ante la iglesia, una casa soltaba un humo negro y denso. Desde allí podía contemplarse la insondable y estremecedora belleza, el inimitable azul del Mediterráneo. Pero nosotros no estábamos para esas tonterías.

Dentro de la casa derruida, se oían llantos desgarradores de una mujer. Frente a la casa, había dos brillantes Mercedes negros. Dentro de la casa volvieron a oírse detonaciones.

—¡Gronk! ¡Por detrás! —ordené. Y a Leo—: ¡Tú, ven conmigo! —Y le aclaré—: Precisamente, ésta es la casa de los Forlani.

—Me lo había imaginado —comentó Leo.

Llegamos hasta la puerta de rebordes ennegrecidos, de los cuales colgaban, grotescos y penduleantes, trozos de madera.

En italiano, una voz de energúmeno preguntaba dónde estaban

Sandro y Luigi Forlani. Un escalofrío cayó a plomo por dentro de mi columna vertebral. Otros que estaban buscando a los Forlani, como yo. Dioses, ¿otra coincidencia? La mujer decía que no sabía dónde estaban, que no lo sabía.

Le dije a Leo:

—Voy a entrar. Cúbreme.

—¿Con qué demonios quieres que te cubra, si no tengo armas?

—Ya se te ocurrirá algo.

Me introduje en la casa. Una escalera destrozada. Un piso superior que se había venido abajo convirtiendo el vestíbulo en una ruina desoladora. El altarcito a San Nicolás de Bari se había derrumbado y la imagen se había partido en pedazos. Pensé en *Mamma* Amletta, la gorda que tan bien preparaba los *spaquetti alla puttanesca*, y me enfebrecí. Me dejé guiar por las voces.

—¿Dónde están esos bastardos? —repetía la voz del energúmeno.

Sonó una bofetada. Fuera quien fuese, le estaba abofeteando a la anciana Amletta. Eso no lo pude soportar.

Y no fui el único que reaccionó ante aquello. Una voz clara y potente, la de Sandro, clamó en italiano: «¡A mi madre no la toca ni mi padre!», y eso fue el grito de guerra para que Gronk, Sandro, Luigi y yo nos lanzáramos a una formidable *melée* dentro de una pequeña casa siciliana agrietada ya por las bombas.

Sí: incluso a Gronk le ofendió el restallido del bofetón, porque supongo que los algonquinos también sienten amor filial, y entró por la puerta de atrás, la que daba a un pequeño corral.

Para cuando descubrimos que era *Mamma* Amletta quien había abofeteado a un mafioso, y no lo contrario, ya era inevitable la catástrofe.

Había siete hombres vestidos de negro, tocados con sombreros negros y armados con *luparas* (escopetas de dos cañones recortados). Tuvieron un instante de duda al ver que del cielo (del piso de arriba) les llovían dos jóvenes atléticos, que por otra puerta entraba yo, y sobre todo que por una puerta irrumpía un indio gigantesco como el Golem y decidido a arrancarles las cabezas de cuajo.

Los siete hombres se atropellaron para dirigir sus armas contra el monstruo algonquino. Cualquier otro peligro parecía nimio

comparado con él. No hicieron bien en menospreciar al enemigo pequeño.

Sandro y Luigi derribaron a tres de ellos, aplastándolos contra el suelo. Yo me ocupé de otros dos desnucándolos con la ayuda de una imagen de san Luis Gonzaga. Gronk, por su parte, arrancó las *luparas* de las manos de los dos restantes y se las rompió como si fueran fotografías pornográficas. Luego, los agarró a los dos y empezó a golpearlos repetidas veces contra la pared más agrietada. Mientras sacudía a uno de los míos, pregunté, a voces:

—¿Qué demonios pasa?

—¡Maldita sea, Indiana, eres un cochino bastardo! —respondió Sandro Forlani, pateando al jefe de los mañosos.

—¿Qué insinúas con eso? —reclamé, desfondando a uno de un derechazo.

—¡Te dije que nos buscaras si nos necesitabas alguna vez, animal! —explicó Sandro, lanzando a un enemigo por encima de su cabeza—. ¡Pero que lo hicieras con prudencia! ¡Desde que nos avisaste, se ha enterado todo el mundo y don Caloggero nos estaba esperando!

Me paré a reflexionar mientras lanzaba a un mañoso contra el techo y le pisaba la cara a otro. ¿Los Forlani sabían que yo iría a buscarlos? ¿Cómo podían saberlo, si yo no se lo había dicho absolutamente a nadie?

Gronk consiguió derribar la pared agrietada a fuerza de golpear a sus enemigos contra ella.

Siguió un pequeño cataclismo, durante el cual pusimos a salvo a *Mamma* Amletta en un rincón y comprobamos que nuestros enemigos habían sido aniquilados.

—Sandro —dije, crispado—: ¡Yo no le había dicho a nadie que venía a veros!

—¡Tú telefoneaste a *Mamma* y le dijiste que vendrías hoy, a esta hora! —replicó Luigi.

—¡No! —exclamé, asombrado.

—¡Sí! —contestó Sandro.

—¡Y nosotros hemos bajado a encontrarnos contigo, porque supimos que estabas en un apuro, y todos los hombres de don Caloggero nos estaban esperando! —aulló Luigi.

Mamma Amletta rezaba:

—Santa María, Madre de Dios…

—… Y, si sabías que *todos* los hombres de don Caloggero os estaban esperando —dijo una voz—, ¿por qué te descuidas cuando sólo has liquidado a siete?

Vi de reojo que más hombres de negro se habían metido en la habitación. Habían entrado detrás mío, precisamente por la misma puerta que yo. El que había hablado tenía los ojos azules y llevaba una «Thompson» de tambor, la clásica «máquina de escribir» de los gánsteres americanos.

En cuanto apretara el gatillo, ninguno de nosotros saldría vivo de aquella peripecia. Le bastaba mover un poco el dedo índice, y la maquinita de izquierda a derecha, y la familia Forlani, el indio algonquino y un servidor se iban directamente al otro mundo.

—Dile a don Caloggero —exclamó Luigi, en un desesperado intento de arreglar las cosas por las buenas— que nosotros no matamos a Lulu, y que, además, lo hicimos en defensa propia.

—¡Y además fue un accidente! —terminó Sandro.

Calculé le distancia que me separaba del matón. Sería inútil intentar nada. Las balas aún corren más que yo. En una dirección y en otra.

Todos los mañosos recién llegados (al menos diez), nos despidieron con falsa sonrisa de perdonavidas.

El Ojos Azules pensó que apretaría el gatillo, y de su cerebro bajó la orden por todo el brazo, en dirección al dedo…

… Y precisamente en aquel instante, rugió atronador un motor y el resto de la casa se nos vino encima.

Yo me abracé a *Mamma* Amletta para protegerla. Todos tuvimos la misma idea, y de esta forma formamos una nutrida piña en medio de la cual asfixiamos a la buena mujer, pero yo tuve la intuición de lo que ocurría y empujé a los de mi bando contra un rincón.

Los diez mañosos se vieron embestidos y derribados como un ejército de bolos al tiempo que el mundo se les venía encima.

Salieron impulsados en todas direcciones por el «Mercedes» negro que acababa de entrar en casa. Un «Mercedes» negro cubierto de polvo y cascotes que se detuvo tres segundos, sólo tres segundos, con la puerta abierta, mientras Leo Cano, al volante, nos gritaba:

—¡Subid, deprisa, que nos vamos!

Un segundo para meter a *Mamma* Amletta en el coche, para que fuera bien cómoda. Otro segundo para que se embutieran en él ansiosa y bruscamente Gronk, Sandro y Luigi. Y en el tercer segundo arrancábamos con brusco tirón. Yo iba colgado de una de las puertas, abierta, gritando que me hicieran sitio en el interior.

Mamma Amletta rezaba: «Creo en Dios Padre, Todopoderoso, creador del Cielo y de la Tierra…».

Cuando atravesamos vertiginosamente el corral, yo tropecé con las vacas que no se apartaron lo bastante deprisa. Desde mi privilegiada posición, pude observar que, al otro lado del solar cubierto de escombros, Ojos Azules y cuatro de los suyos se metían de cabeza en el otro «Mercedes».

Venían por nosotros.

—¡Cuidado, Indiana! —me avisó Leo.

Se refería a que, después de una ligeramente desahogada plazoleta, a continuación íbamos a metemos por una calleja por donde era dudoso que cupiera el coche. Yo, colgando de la puerta abierta, sólo contribuía a empeorar la situación. Pero el amigo Leo no parecía dispuesto a disminuir la velocidad. Tenía fe ciega en mis posibilidades.

Lo raro es que yo no me dedique al circo. Cualquiera diría que tengo alma de trapecista.

No sé cómo, afiancé uno de mis pies en la pierna de alguien que viajaba dentro (sería Gronk, porque no se quejó), convertí en escalón el repecho de la ventanilla, y me encaramé con pasmosa agilidad (modestia aparte) a lo alto del techo.

Justo a tiempo, como suele decirse.

Porque el coche, en una fantástica demostración de puntería, penetró por el estrecho callejón, encajándose en él como si hubiese sido hecho a medida. Las paredes chirriaron con horribles aullidos metálicos al ser rozadas, literalmente despellejadas por los costados del «Mercedes», que perdieron toda su prestancia y elegancia. Y la puerta que yo había soltado salió volando como un papel alborotado por el viento.

La cosa tiene más mérito si calculamos que la velocidad a que íbamos no bajaría de los cien por hora.

Si Leo hubiera pretendido entrar en la calleja un dedo más a la derecha o hacia la izquierda, el topetazo le hubiera hecho perder el

control y nos hubiéramos matado todos.

Agarrado de forma precaria al resbaladizo techo, se me ocurrió levantar la vista y tuve la sensación de que el estómago se me congelaba.

Cien metros más allá, el callejón se estrechaba.

Vi, un poco antes, los escalones de acceso a una vivienda, e imaginé lo que Leo pensaba hacer. Desde luego, ni se le había ocurrido pisar el freno. Pero, si hacía lo que yo pensaba, mi futuro ya no tenía secretos: Caería del techo y el coche me aplastaría contra la pared convirtiéndome en algo parecido a una salchicha reventada.

Mentalmente, pedí instrucciones a Leo Cano. Quise pensar que tendría una solución y que me la indicaría.

Lo hizo. Como antes, gritó:

—¡Cuidado, Indiana! —Y nada más. Nunca nadie ha tenido tanta fe en mí.

Sólo veinticinco metros para el «chicane». Era una calle típicamente italiana. Por suerte. Con ropa tendida y todo eso, ya saben a qué me refiero.

Tragué saliva y, de un salto, me puse de cuclillas sobre el techo.

Por encima del chirrido de la chapa contra las paredes y de los rezos agudos de *Mamma* Amletta («… Señor Mío Jesucristo, Dios y Hombre Verdadero»), podía oír perfectamente los latidos de mi propio corazón.

Me puse en pie, levantando los brazos con cuidado para mantener el equilibrio…

¡Y llegamos al estrechamiento!

Como yo esperaba, las ruedas de la izquierda toparon y escalaron los peldaños de acceso a la vivienda, lo que inclinó brutalmente el «Mercedes» hacia la derecha. Fue muy brusco, pero menos que un choque frontal.

Esta brusca inclinación me proyectó a mí hacia arriba. Salté a la vez que me catapultaba el coche, y alcancé a agarrarme a una de las sábanas tendidas para secar, que nos ocultaban el sol.

Como Tarzán, me columpié y me solté, para agarrarme a la siguiente, sobrevolando al coche que avanzaba a toda velocidad por el callejón, inclinado, con dos de las ruedas apoyadas en la pared de las casas. Deseé por el bien de todos que nadie abriera ninguna

puerta para ver qué sucedía…

Salté de una sábana a otra, pues, y me dejé caer sobre el techo del «Mercedes» en cuanto éste recuperó su posición correcta.

—¡Indiana! ¿Estás ahí? —preguntó Leo Cano.

—¡Muy a pesar tuyo, sí! —respondí.

—¿Y por qué no vienes aquí dentro y dejas de jugarte la vida en las alturas? ¡Chicos! —ordenó en pésimo italiano—: *¡Apretatevi un poqui perque entri il mió amico!*

Al salir del pueblo, prescindiendo del hecho de que la carretera no fuera asfaltada, Leo había apretado más el acelerador.

—¿Y no podrías hacer el favor de parar?

—¡No me fastidies ahora, Indiana! ¿Después de todos los equilibrios que has hecho, quieres estropearlo todo? ¡Si paro el coche ahora, puede que se me cale…!

Suspiré. Me deslicé cuidadosamente hacia el costado derecho, puse los pies sobre el repecho de la ventana delantera, que aún estaba intacta. Procurando ignorar los baches y los sacudones, metí la mano derecha dentro del coche y, hasta que no estuve bien afianzado con ella, no me soltó de la otra y me decidí a entrar.

Me encontré sentado sobre las rodillas de Gronk.

Todos aplaudieron mi hazaña, alborozados.

—¡Magnífico, Indiana! —me decían—. ¡Muy bien! ¡Fantástico!

—Oiga —se atrevió a decir, por fin, Luigi—. ¿Se puede saber por qué corre tanto? Parece que va no nos siguen…

—Es cierto —reconoció Leo.

Disminuyó la marcha.

—A mí me gustaría pasar delante… —gimió *Mamma* Amletta, entre jaculatoria y jaculatoria.

—¡Haberlo dicho antes, señora! —exclamó Leo, muy complaciente.

Y frenó. No sé qué cara debí de poner yo, al ver que la deferencia que tenían para con la *Mamma* no la habían tenido conmigo, pero el caso es que Leo Cano fue quien empezó a reírse. Luego, le siguieron Luigi y Sandro, y por último, se añadió la increíble risotada de Gronk.

Yo también me reí, claro, pero no por mucho rato. Todos forzamos el silencio por miedo a que la risa de Gronk atrajera a los vecinos de los alrededores y pudieran descubrirnos.

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora?

—Ponernos en movimiento —dije—. Guinea nos espera. Las explicaciones, por el camino.

Capítulo V

De Sicilia pasamos a Túnez en el barco de unos pescadores amigos de los Forlani. En realidad, se trataba de contrabandistas amigos de don Caloggero, el hombre que perseguía a Sandro y a Luigi, pero como en aquel momento estaban haciendo un trabajo por cuenta propia, accedieron a hacer el favor a los otros a cambio de que nadie dijera nada de nadie y quedaran las cosas tal como estaban.

Los Forlani hicieron lo posible por hacerme entender qué era lo sucedido, pero había demasiados puntos oscuros en todo aquello. La primera parte, parecía sencilla:

Sandro o Luigi Forlani habían atropellado un día, sin querer, a Lulu, una perrita pequinesa de don Caloggero, el Patriarca de la zona de Sciascia. En ese primer punto, ya hubo discusiones entre los dos hermanos, porque uno defendía que no la habían matado y otro decía que la habían malherido; pero yo saqué mi propia conclusión y, aunque no lo manifesté en voz alta, asumí que alguien había matado a la perrita Lulu y que los Forlani habían estado por ahí. Lógicamente, don Caloggero los había sentenciado a muerte y ellos habían tenido que huir a las montañas, como siempre, a esperar que el Patriarca se comprara otra perrita, lo que indicaría que se le había pasado el enfado y que podían bajar de nuevo al pueblo.

Pero entonces se complicaban las cosas. Al parecer, hacía dos días que la *Mamma* había subido al refugio de las montañas a llevarles la merienda y un jersey, y les había dicho que yo había telefoneado avisando de mi llegada. Por si fuera poco el testimonio de la *Mamma*, había también la palabra del barbero (que subió a cortarle el pelo a Luigi y les confirmó la noticia) y la misma telefonista de Sciascia, hija de don Caloggero y novia de Sandro, que antes de comunicarle la noticia a su padre, como era su

obligación, subió a dársela a su prometido.

—Yo no telefoneé —insistí.

—Entonces, fue una trampa de don Caloggero —aceptaba Sandro.

—Pero estás aquí —insistía Luigi.

—Es extraño. Yo *pensaba* venir aquí, pero no se lo comuniqué a nadie.

El caso es que los Forlani se debatieron entre dudas durante todo el tiempo. Por una parte, creían que, si yo les había avisado tan imprudentemente, sería por algo muy urgente y preciso. Por otra parte, sabían que se jugaban la vida. Bien, el caso es que (demostrando una fidelidad a mí que yo mismo desconocía) bajaron al pueblo a esperarme. Y los hombres de don Caloggero fueron a por ellos. De cualquier manera, mi sentimiento de culpabilidad se vio disminuido al pensar que había sido yo quien los había salvado.

Pero eso no disipaba las brumas del misterio.

Entramos en Al-Jumhuriya-at-Tunisiya (o sea: Túnez) de forma clandestina. De noche y ayudados por unos cuantos oficiales de la policía que proporcionaban los alijos de contrabando a los amigos de los Forlani. En la casamata de un puesto fronterizo, *Mamma* Amletta nos preparó a todos una suculenta cena y, después de unas cuantas anécdotas de todos los colores y de un sueño reparador, al día siguiente salimos en avión hacia Bissau.

Entonces me decidí a soltar la lengua. Me reuní con Sandro y Leo Cano en la parte trasera del aparato y allí les conté qué era lo que me llevaba a Guinea-Bissau. Puede ser que la confianza matara al gato, pero yo sabía que se me podían complicar las cosas y tenía que confiar en quienes me acompañaban. Más tarde, los miré a distancia y no pude disimular un golpe de risa: un indio algonquino que enseñaba a hacer pajaritas a una anciana beata siciliana, dos atolondrados hermanos capaces de meterse en los líos más inverosímiles, y un aventurero decidido a terminar con la esclavitud en África. Menudo ejército.

Un tesoro. Doblones de oro. Mucho dinero. Etcétera. No era preciso entrar en muchos más detalles.

—… Y, si no me equivoco —terminé—, creo que yo soy el único que conoce la ubicación exacta de los barcos…

Más tarde, al especificar de donde temía que pudiera llegar el

peligro, Leo Cano me preguntó:

—¿Y por qué tienes que ir a ver a la mujer de Morrison? Yo tengo dinero para conseguir un barco y demás útiles. Y, si no basta, nos apañaremos para conseguir más.

—Primero —dije—, he de ir a verla porque quizá todo sean imaginaciones mías. Si es realmente la esposa de Sam «Luke». Morrison y le quiere, tengo la obligación de saludarla, porque Sam «Luke» y yo fuimos muy buenos amigos. Me salvó la vida un par de veces, en Chile, donde nos conocimos hace años… Segundo: porque si alguien acecha en la sombra quiere verle la cara para saber con quién me estoy midiendo… Y tercero —concluí—: Porque la curiosidad me mata… He de saber qué demonios se está tramando en torno a mí, qué significa esa llamada absurda e increíble notificando mi llegada a Sciascia y todo lo demás…

Aterrizamos en Bissau.

La familia Forlani bajó por su cuenta, aparte, como si no nos conociéramos. Lo mismo hizo Leo Cano. Gronk y yo bajamos juntos.

Mientras recorría los peldaños, uno a uno, recordé que tiempo atrás los había bajado allí mismo. Y que Sam «Luke». Morrison Norton había venido hacia mí montado en un «Jeep Willys» de los que llevan el letrero de FOLLOW ME. Íbamos a buscar juntos el tesoro de Gardenfly… y entonces alguien le disparó con un «Magnum». Aún hoy le veo caer con el medallón de sangre en la frente…[3] Me pareció que el tiempo volvía atrás, que aquel regreso mío a Bissau respondía a la necesidad de cumplir lo prometido a un amigo difunto.

Quizás esa promesa incluyera la necesidad de visitar a Perla, la señora Morrison de la voz aterciopelada.

En la aduana, nos visó los pasaportes un negro. Para él, todos los que no fueran negros eran parecidos. No le extrañó que el gigantón de las melenas negras y cara de Sitting Bull se llamara Reginaldo Osvaldo Brindisi. Si el tipo aquel no era negro, era de esa clase de gente que puede llamarse lo que quiera. Así que, por una vez, ni rechistó.

Tomamos un taxi. Dicté la dirección del hotel donde se había hospedado Sam «Luke». Cuando llegamos, dejé encargado al chófer que llevara a Gronk al lugar donde habíamos quedado citados con Leo Cano y los Forlani.

Atravesé el vestíbulo de un hotel de lujo, con moqueta, aire acondicionado y muchas estrellas.

—Quiero hablar con la señora Morrison, por favor.

—¿De parte de quién? —me preguntó un negro elegantísimo en un inglés que parecía recién salido de Oxford.

Suspiré. Me ahogaban los presentimientos.

—Indiana James.

—Oh —reprimió una sonrisa el negro—. Disculpe, señor, no le había reconocido.

—James. Le he dicho James. No se confunda.

—Ah. James —fue tal su desencanto que pareció que le aburriera profundamente tenerme delante—. Un momento, por favor… —Al teléfono—: ¿Señora Morrison? El señor Indiana… eeh… James la espera abajo… —Pausa—. ¿Ah? Bien. —Y a mí, despechadísimo—: Que suba. Habitación 676. Sexto piso.

Me metí en el ascensor como el león que se ve dirigido hacia la jaula del circo. Yo era pieza fundamental del espectáculo, pero no sabía quién era el domador ni qué querría que yo hiciera.

Salí del ascensor. Recorrí el pasillo hasta el número 676. Al fondo del pasillo, a mi espalda, hubo un movimiento. Un camarero o una doncella, sin duda. O algún cliente inofensivo… Me encaré con la puerta, de perfil al movimiento; levanté el puño para llamar y miré de reojo.

Ni camarero, ni doncella, ni clientes inofensivos. Dos tipos altos y fuertes, con camisas estampadas tipo hawaiano y pantalones abombachados. Los miré directamente y tuvieron un gesto de prevención, como si quisieran disimular y considerasen que era inútil. Venían por mí. Yo acababa de caer en una trampa…

Llamé con los nudillos a la puerta. Se acercaban más.

De pronto, me tiré al suelo, sobre las manos, y pivoté sobre ellas, haciendo la rueda y levantando los pies. Eso lo aprendí de un negro que llegó a hacerme mucho daño. Un movimiento así desconcierta tanto que el adversario no puede reaccionar. Al ver que te agachas, se agacha; al verte en situación tan extraña, te cree a su merced…

… Y puedes patear rostros que es un gusto. Por muy prevenidos que estén sus propietarios.

¡¡Patack!!

Aún estaban rebotando por las paredes y por el suelo, cuando yo

me levantaba…

… Y se abría la puerta de la 676…

… Y yo metía la mano en el bolsillo de unos pantalones abombachados, esperando encontrar lo que buscaba…

Pensé: «Dios mío, mira que si me he equivocado…».

… Se abrió la puerta y había una chica con cara de susto…

… Encontré la pistola y la encañoné.

—¡Quieta! —Ladré, enérgico.

—¿El señor Indiana James, presumo…? —dijo, muy inglesa.

Y me cautivó.

Era mulata. Probablemente, por sus venas circulaba esa mezcla de sangre alemana y negra que dicen que da esa belleza peculiar a las cariocas. Vestía un sencillo, mínimo, T-shirt con la inscripción y el dibujo de JOE COOL, el pariente de Snoopy. Y unos *blue jeans* recortados que difícilmente podían taparle media nalga. Tenía los ojos más inocentes y desamparados del mundo, el gesto más elegante del mundo, las piernas más bonitas del mundo… Parecía pecado encañonarla con una pistola.

Pero no dejé de hacerlo.

—¿Perla Morrison?

—Soy yo… —Le temblaba la voz. Miraba desconcertada a los dos hombres caídos, que aún rebullían.

—¿Conoce a estos hombres?

—Sí…, —dijo ella. No podía hablar.

—Indiana James —dijo una voz infatuada dentro de la habitación—. No puedo verle, pero estoy seguro de que habrá cometido una de sus heroicidades. Si no suelta la pistola, dispararé contra la chica. Ahora ya no la necesito…

Traté de reconocer la voz, pero me fue imposible. Avancé de puntillas sobre la silenciosa moqueta, hacia la chica. Mirándola fijamente a los ojos para asegurarme de que estaba en mí bando. Lo estaba. Y estaba tramando alguna cosa.

De pronto, dio un salto atrás y gritó:

—¡Cuidado, Alex!

Y cerró la puerta de golpe. ¡SLAM!

Yo salté hacia la puerta, imaginando lo que había ocurrido en el interior. Al saltar ella atrás, el tal Alex había saltado adelante, para ver qué ocurría. Si todo iba bien, ahora ella estaría agarrada a la

muñeca de Alex, desviando la pistola. Si todo iba mal, me estarían esperando.

Cargué de hombro contra la puerta, que se hizo astillas.

La pistola de Alex me estaba apuntando.

Perla, como yo había imaginado, había agarrado la muñeca armada, pero no tenía la fuerza suficiente para desviarla.

La pistola de Alex me estaba apuntando y disparó.

Por suerte, yo había previsto todas las eventualidades, y me estaba tirando al suelo, para rodar sobre mi hombro y proyectarme contra las piernas del tipo.

Oí un grito inmenso que me pareció que retumbaba por todo el hotel:

—¡Alex, imbécil, lo necesitamos vivo!

Alex se incorporó asustado. Según me contó luego Perla, mi fama tenía obsesionado al tipo, y tenía miedo de que le ocurriera precisamente lo que le ocurrió.

Me levanté más deprisa que él, tiré de su cazadora y le golpeé con la pistola. Era un guaperas rubísimo, con abundante y cuidado bigote, y piel bronceadísima. Labios seductores y todo lo demás. Lo reconocí. Y le volví a golpear. Tiempo atrás, él había conducido una avioneta y pretendía estrellarme contra el suelo. ¡Me había hecho pasar el peor rato de mi vida!

¡Era uno de los hombres de confianza de Harriford Jones! Uno de los pocos que podría haber echado en falta el documento de Gardenfly que yo me había llevado, el que decía dónde se escondía el tesoro exactamente. Le golpeé otra vez. Si había llegado a sus oídos la historia del tesoro, no le habría cabido duda de que era yo quien tenía el importante documento…

Le golpeé otra vez.

—¿Qué demonios haces perdiendo el tiempo? —chilló Perla mientras tiraba un jarrón hacia la puerta.

El jarrón dio en la cabeza de un advenedizo que trataba de entrar.

Miré en torno, buscando una escapatoria.

—¡Por la terraza, deprisa!

Disparé tres veces en dirección a la puerta. Da una extraña sensación de seguridad el saber que no pueden matarte, y corrí hacia la terraza, como me había sugerido Perla.

Me frené a tiempo.

—¡Eh, qué demonios! ¡No pueden matarme…! ¡Podemos salir tranquilamente por la puerta, ¿no?!

—¡A ti no pueden matarte, pero a mí, sí! ¡Y pueden dispararte a las piernas, y a los brazos, y a todas las partes del cuerpo que no sean tu cabeza para pensar y tu boca para contarles lo que quieren saber!

Entonces, fue ella quien disparó. Había cogido la pistola de Alex, el Piloto Asesino.

Tenía toda la razón, Así que pasé una pierna por encima de la barandilla, y pasé la otra, y me afiancé en la cornisa tratando de no mirar el suelo, seis pisos más abajo.

—¡Date prisa! —me instaba ella que parecía muy experta en eso de sostenerse sobre cornisas.

—¡Maldita sea, cállate! ¿Qué quieres que hagamos? ¿Que vayamos dando vueltas en torno al edificio, por la comisa, esperando que salgan por uno de los balcones y nos sugieran algún trato?

—¡Hacia el letrero, idiota! —ordenó ella. ¿Dónde estaba toda la dulzura y fragilidad que había dado a entender a primera vista?

Comprendí lo que quería decir. A lo largo de la fachada había unas letras de neón, de un par de metros de altura, una por piso, donde podía leerse el nombre del hotel. Precisamente a la altura de nuestro piso estaba la Hache. Fui hacia ella tan deprisa como pude. Por si acaso la chica se aburría, traté de darle conversación:

—¿Me puedes explicar qué demonios significa esto?

Le resultaría difícil responder porque disparaba casi continuamente, para evitar que aquellos cerdos le dispararan.

—¡Pertenezco a la

A. E. I. O. U.!

—Y, entre letra y letra, puntuaba con una detonación de la pistola de Alex: cram, cram, cram—. ¡Deme su pistola, por favor! ¡Me estoy quedando sin balas!

Llegué hasta la letra Hache antes de que me hubiera empezado a dar vértigo. Sabía que acabarían atrapándome, pero no podía soportar la idea de que la mataran a ella antes de que me contara lo de

A. E. I. O. U.

Por eso, le dije:

—¡Ven!

Y la abracé estrechamente. Ella me miró como si yo estuviera loco. Efectivamente, no era momento para romanticismos, en una cornisa, a seis pisos de altura (calculo que unos veinte metros) y fusilados por un grupo de dementes que se asomaban a los balcones, curiosos por si se había levantado la veda.

—¡Agárrate fuerte! —le dije. Comprendió.

Rodeó mi cuello con sus brazos. Yo me sujeté al barrote central de la Hache y, empleando para ello todas mis fuerzas, empecé a descolgarme lentamente, confiando en que los neones aguantaran el peso de ambos. De esta forma, con mi cuerpo protegía el de ella.

La O es una letra que no favorece nada el que uno se descuelgue por ella. Demasiado redonda, demasiado resbaladiza. Tuve que afianzarme en los soportes que la sujetaban a la pared. Hice que Perla se sentara en el soporte y luego, procurando siempre rodearla con mis brazos, me agaché yo. Todo eso a unos dieciocho metros de altura, que tampoco es ninguna tontería.

—

A. E. I. O. U.

significa… —empezó ella.

—Si no te importa, déjalo para otro rato —le corté, un poco grosero, mientras llegaba al pie de la O y me planteaba cómo desciende uno por una Te.

—Indiana, te quiero —dijo ella.

—Eso sí te permito que lo digas. Me da ánimos.

Al principio, una Te parece fácil, porque te posas sobre el barrote de arriba y te sientes cómodo y ancho. Pero lo difícil es descolgarse por el barrote vertical. Dioses, cómo llegué a congestionarme cuando tuve que aguantarme a pulso unos instantes mientras mis piernas, estorbadas por las piernas deliciosas de Perla, trataban de abrazarse al barrote central.

Lo conseguí.

—Te quiero, Indiana. Ahora, mira aquel camión…

—¡No estoy para mirar camiones, Perla!

Pero lo vi. En estos casos, uno tiene más capacidad de percepción de lo que se cree posible. Mientras me planteaba cómo se desciende por una E, por el rabillo de un ojo vi, abajo, un camión

enorme, de mudanzas, aparcado muy cerca. Por el rabillo del otro ojo vi a un fulano que se acercaba por la cornisa, muy valiente él.

—¡Basta de tonterías, Indiana! —gritó el tipo—. ¡Está haciendo el ridículo!

—¡Está bien! —le dije—. ¡Venga a sujetar la chica!

Sonrió y bufó por la nariz, como diciendo: «Era tan fácil convencerlo, y sólo yo me he dado cuenta de ello». Con aire de perdonarme la vida, avanzó por la barra de la E mientras yo llegaba a ella. Antes de que comprendiera que estaba a mi merced, puesto que él no podía matarme, le di un puntapié en las espinillas al tiempo que le aconsejaba: «¡Agárrate fuerte!».

Dio un grito y cayó, pero quedó sujeto con las dos manos, y pataleando con frenesí, buscando un punto de apoyo para volver al mundo.

Entretanto, yo bajé la E con la facilidad y rapidez de quien baja una escalerilla. Empezaba a plantearme la L cuando empezaron a dispararme con fusil. Yo estaba en precario equilibrio, sin más punto de apoyo que las puntas de mis pies sobre el palo vertical de la L y las puntas de mis dedos en el último travesado de la E. Escuché el seco estampido de un fusil y una bala rompió el cristal justo junto a mi muñeca izquierda. Otro tiro, crac, y apareció un agujero junto a la muñeca derecha.

—¡Soy tirador de élite, imbécil! —dijo una voz desde el hotel—. ¡Puedo romperle los huesos de las manos, y luego los de los pies…!

—¿No ve que me voy a matar? —grité, sin mirarle.

—No… A esta altura no es probable. Se romperá todos los huesos del cuerpo, quizá quede paralítico para el resto de su vida, probablemente tenga una lenta y larguísima agonía, pero no morirá inmediatamente…

Tenía razón. Y Perla me lo confirmó:

—Tiene razón. Pero no le hagas caso. Ahí viene el camión. Salta.

Sí. Allí veía el camión, abriéndose paso entre la muchedumbre de curiosos que llenaban la calle. El camión de mudanzas que Perla me había señalado antes.

—Pero… ¡Nos mataremos!

—Confía en mí, Indiana. Todo está previsto. Son mis amigos del A. E. I. O. U.

Un nuevo balazo rompió más cristal junto a mis manos.

—¡No sea idiota, Indiana James! ¡Entréguese! —me dijo el tirador de élite.

—¡Salta! —insistió Perla.

Y, claro está, salté.

El estómago se me subió a la garganta. Perla tuvo la deferencia de soltarme el cuello y caer por su cuenta. Dioses, qué larga se me hizo la caída…

A dos palmos del techo del camión, me arrepentí de haberme soltado. Sin duda sería un techo metálico. Recordé las profecías del tirador de élite y me vi paralítico el resto de mi vida. «¿Qué le pasó?», me preguntarían. Y yo diría: «Nada. Que hice caso a una demente escapada de no sé qué hospital».

A un palmo del techo, pensé que era demasiado tarde para arrepentirse.

Pero, como bien había dicho la mulatita, todo estaba previsto. El techo no era más que un decorado de papel, que nuestros cuerpos atravesaron con toda facilidad, y debajo había un buen montón de colchones. Mientras rebotaba en ellos, como entre nubes, noté que el camión se ponía en marcha y me sentí a salvo.

Entonces, alguien dijo:

—Por fin es nuestro, señor Indiana James… He de reconocer que es presa difícil.

Miré. Eran tres tipos rubios los que nos encañonaban con sendas pistolas. Tipos que me hicieron pensar en *afrikaaners* racistas de Johannesburg. Me confirmaba su racismo el hecho de que no dirigieran ninguna mirada de fascinación a la hermosa Perla.

—¿Son… tus amigos… del
A. E. I. O. U.?
—pregunté, conociendo la respuesta de antemano.

—No, Indiana —suspiró ella, asustada—. Me parece que acabamos de pillarnos los dedos con el cajón.

Me pareció que era una forma muy suave y benevolente de describir nuestra situación.

Capítulo VI

Durante el viaje, ante la mirada glauca y átona de los *afrikaaners*, me enteré un poco de la situación. Para comprenderla, había que remontarse un poco en la historia.

Las siglas
A. E. I. O. U.
pertenecían a las palabras Anti Esclavitud Internacional Organización Unida, que debidamente combinadas, en no sé qué idioma, daban nombre a una Organización Internacional que luchaba contra los mercaderes de esclavos aún existentes en el mundo. Y luchaban unidos. De ahí, la U.

Perla ya pertenecía al citado grupo cuando conoció a Sam «Luke». Morrison Norton y se enamoró y se casó con él. Cuando Sam «Luke» le habló del tesoro de Gardenfly, ella pensó que aquella tonelada de oro sería una buena fuente de financiación para su grupo secreto. No le dijo nada a su marido, claro, pero pensó que sería fácil convencerle una vez hubiéramos conseguido el tesoro. Gracias a Sam «Luke» se enteró de que yo sería la única persona que, con el manuscrito de Gardenfly en la mano, conociera el emplazamiento exacto del tesoro.

Interesados por el relato de Perla, los *afrikaaners* también metieron baza en la tertulia.

Ellos siempre habían trabajado para Harriford Jones y, tal como yo sabía, habían tenido acceso al documento de Gardenfly, pero jamás le habían dado demasiada importancia. Sin embargo, el revuelo provocado en su día por los asesinatos del antropólogo Nicholas Fielding y de Sam «Luke». Morrison Norton[4] llevaron a las páginas de los periódicos la noticia de que se estaba preparando la búsqueda de un tesoro.

Aquí intercaló Perla que ella se encargó de dar publicidad a la noticia para atraer a todo aquel que pudiera hablar del emplazamiento exacto del tesoro.

Y atrajo gente, sí. Concretamente a Alex, el guapo piloto al que yo acababa de machacar el cráneo en la habitación del hotel. Como representante de los hombres de Harriford, fue el encargado de camelarse a Perla en espera de obtener algún tipo de información.

Realmente, yo, Indiana James, me había hecho muy famoso durante mi desaparición. Por eso, todo el mundo pronunciaba correctamente mi nombre a mí alrededor. Nadie quería creer en mi muerte, a pesar de los testimonios inequívocos que aseguraban haberme visto desaparecer, en un barco cargado de cadáveres, en medio de un fantástico huracán, en el Triángulo de las Bermudas.

Alex y Perla (cada uno pensando en su propio interés) hicieron todo lo posible. Desde buscar el tesoro por su cuenta para ver si lo encontraban casualmente, hasta avisar a todas las mafias del mundo para que me buscaran, pasando por rituales mágicos e incluso una visita al Army and Commercial Historical Archive, para ver si guardaban una copia, fotocopia, facsímil, o lo que fuera, de la famosa carta de Gardenfly.

Nada. A nadie se le había ocurrido hacer eso.

De forma que no quedaba más remedio que sentarse a esperar al viejo amigo Indiana James.

Y hete aquí que, un día, cuando ya desesperaban, el amigo Indiana James telefonea y le dice a Perla Morrison: «¡Voy enseguida!». Literalmente, le había dicho: «El tiempo de parar un taxi»…

Esto movilizó a Alex y los suyos por un lado, y a Perla por otro. Alex y los demás hombres de Harriford Jones no iban a pactar conmigo. No tenían buen recuerdo de mí y hacían bien suponiendo que yo tenía un recuerdo fatal de ellos. Por eso me tendieron la trampa. Y Perla se dio cuenta de sus preparativos y avisó a sus amigos negros del
A. E. I. O. U.
para que tuvieran preparado el camión de escape. Pero Alex también se fijó en las maquinaciones de Perla, y se había encargado de neutralizar al camión.

Y, como consecuencia de todos estos acontecimientos, el camión

entraba en estos momentos en un gran almacén abandonado, en las afueras de Bissau, y los *afrikaaners* nos hacían bajar, anunciando:

—Ahora, señor James, nos dirá cuál es el punto exacto donde se encuentra el tesoro de Gardenfly.

—Claro que no —repliqué yo—. No diga tonterías.

En el almacén nos esperaban ocho hombres armados, uno de los cuales era Alex, con un ostentoso turbante de vendas que debía pesarle más que la cabeza. Tenían que sujetarlo entre dos. Contando a los tres *afrikaaners* que habían viajado con nosotros y al que conducía el camión, eran doce.

Doce hombres sin piedad. Conté dos revólveres
«Smith & Wesson»,
una pistola «Glisenti», una «Beretta», dos fusiles «Paravicino», tres subfusiles «Bergmann» y dos carabinas «Springfield». Todos con balas a punto para convertirme en un saco de plomo.

—Nos dirás dónde está el tesoro, Jones —dijo Alex, muy amenazador, aunque iba desarmado.

—Si os lo digo, me mataréis —expliqué.

—No es tan sencillo… Si no nos lo dices, primero torturaremos a la chica…

Como si eso fuera una orden, dos de los *afrikaaners* agarraron a Perla y la arrastraron hacia el fondo del almacén.

—¡Soltadla! —grité. Pero no podía hacer nada. Nueve cañones metálicos me golpearon a la vez en distintas partes del cuerpo. Caí, braceando para agarrar a alguno, pero aquellos bichos eran rápidos. Se habían alejado de mí.

—La próxima vez te dispararemos a las articulaciones… —comentó Alex. Y siguió—: Exactamente eso es lo que haremos. Porque podría ser que a ti esta chica te importe poco, te de igual verla sufrir… De forma que, si no hablas, lo siguiente será una bala en cada una de las articulaciones de tu cuerpo… Codos, rodillas, muñecas, tobillos, hombros, ingles…

Yo apenas le atendía. Estaba pendiente de los chillidos de Perla, a la que estaban desnudando. Vi cómo la metían en un bidón, cómo la metían allí dentro, sumergiéndola hasta la cabeza.

—¿Sabes qué hay en ese bidón? —Siguió Alex. Yo podía olerlo —. ¡Gasolina!

Ataron las manos de Perla y, mediante una polea, la izaron hasta

el techo. Luego, alrededor de su cuerpo delicioso, pusieron un aro, como de metro y medio de diámetro, como un
hula-hop
que se sostuviera sobre un trípode. Uno de los *afrikaaners* aplicó un encendedor a ese aro, que empezó a arder, como los que se utilizan en los circos con los leones. El otro torturador sostenía un extintor en las manos.

—Bien, Indiana James. No hay que ser muy listo para darse cuenta de cuál es el juego. Ahora, tu amiguita, se columpiará… —Dioses… ¡Ya se estaba columpiando!—. No dejaremos que muera, no te preocupes. Cuando se le encienda una parte de su cuerpo, mi amigo Flanders apagará su piel asada con ayuda del extintor… El juego puede prolongarse mucho rato. Pero tenemos paciencia. Hacía tiempo que te esperábamos, Indiana. Unas horas más o menos no tienen ninguna importancia.

—¡No les digas nada, Indiana! —aulló la chica. Son cosas que se dicen, pero yo sé que en realidad no lo sentía.

Con los músculos en tensión, los puños y las mandíbulas prietos, la vista fija en el peligrosísimo balanceo de Perla, era incapaz de encontrar una solución.

—¡Está bien, bajadla! ¡Os lo diré!

—No… Dilo y luego la bajamos…

Después de todo, ¿qué más daba? Sólo se trataba de una tonelada de oro y de mi vida. Nunca hubiera sabido qué hacer con ninguna de las dos cosas.

De pronto, la chica aulló y de su cadera surgió una llamarada. El *afrikaaner* del extintor disparó el chorro de espuma y Perla empezó a girar sobre sí misma, respirando agitadamente…

—¡Está bien! —dije—. ¡Os ponéis con los brazos en cruz ante la bahía…!

Me interrumpió el estruendo de un camión. Aunque hubiera seguido hablando, el cataclismo que siguió a continuación hubiera apagado mis palabras.

Las puertas del almacén se plegaron como un biombo, arrastrando consigo un trozo de pared de la derecha, al tiempo que la pared de la izquierda saltaba por los aires en medio de una explosión estremecedora. Por la puerta entraba un camión a toda velocidad. Precisamente el camión de mudanzas que me había

traído hasta allí. Y al volante (tendría que haber reconocido su estilo) iba Leo Cano Cornejo Gutiérrez, que empezó a derrapar por aquel interior como si condujera un simple coche utilitario. Sobre el camión, *Mamma* Amletta y su hijo Luigi Forlani disparaban sendas ametralladoras «Thompson» de tambor, organizando un estruendo de mil demonios. Sandro Forlani y Gronk usaban luparas cargadas con perdigones del tamaño de garbanzos.

Lo primero que hice fue tirarme de bruces al suelo. A mí alrededor vi caer *afrikaaners* que esparcían en todas direcciones su museo de armas. Desde el suelo, pude ver que la explosión de la izquierda había dado paso a un grupo de negros aguerridos que organizaban tanto o más alboroto que mis amigos del camión. Supuse que serían los chicos del
A. E. I. O. U.

Golpeando a dos *afrikaaners* que me daban la espalda, y saltando sobre los cuerpos de un par de cadáveres, corrí en dirección al camión. Todos me saludaron.

—¡Indiana! ¡Indy! ¡James! ¡*Figlio mio*! ¡Gronk!

Salté a la caja trasera del camión sintiendo que las balas silbaban a mi alrededor y señalé al círculo en llamas donde debía de estar Perla.

—¡Salvemos a la chica!

—¿A la chica? ¿Qué chica? ¿Qué dices?

… La chica no estaba. El destrozo del edificio había llegado casi hasta la viga donde estaba la polea de la que colgaba, y ahora no había cuerda, y tampoco había Perla. Como si todo hubiera sido un sueño.

El camión dio una última vuelta al ruedo y salió vertiginosamente a la calle dejando atrás a los negros del
A. E. I. O. U.
enzarzados en formidable combate con el resto de la tropa del malogrado Harriford Jones, el Aventurero Millonario.

Yo seguía mirando con insistencia a donde tenía que estar Perla, como si quisiera hacerla aparecer con mi mirada, pero ella se había volatilizado y las vigorosas palmadas de Gronk y el llanto incontenible de *Mamma* Amletta me volvieron a la realidad. Todos querían abrazarme.

—*¡Figlio mio, figlio mio Santa Madonna*! —decía *Mamma* Forlani.

Y me abrazaba, y lloraba, y me besaba, hasta causarme auténtico reparo Mientras Gronk se empeñaba en desarticularme las vértebras dándome amistosas palmadas.

—¡Indiana, ja, ja, ja! ¡Indiana, ja, ja, ja! —decía.

—Bueno, ¿qué ha pasado? —empezaba a sentirme estúpido, siempre con esa pregunta a flor de labios.

—¡Me temí que podía suceder algo y me acerqué por el hotel donde dijiste que ibas! —explicó Leo Cano desde la cabina—. Te vi salir. ¡Te diré que no eres muy discreto! Entonces, hablé con esos negritos, que tenían interés por salvar a su amita Perla y nos vinimos todos juntos a rescataros…

Durante la explicación, me pareció ver una nube de vergüenza en los ojos de los hermanos Forlani y, por milésimas de segundo, una luz se prendió en mi cerebro.

Pero no le di importancia. Después de todo, ¡qué diablos!, volvíamos a estar entre amigos.

CAPÍTULO VII

Siguieron un par de días de relajada tranquilidad. Acampamos en una de las paradisíacas islas Bissagos, frente a las costas de Guinea-Bissau, desde donde salíamos por las mañanas y dábamos vueltas y más vueltas, en busca del punto de referencia. Leo Cano había conseguido una lancha hinchable «Nemrod» en muy buen estado, con motor Evinrude de mucha potencia.

En principio, no necesitábamos más que eso para iniciar las investigaciones.

Tumbado en las blancas arenas, a la sombra de palmeras cuyos troncos son acariciados suavemente por las olas del mar; o bien bajo el sol abrasador y sobre el mar clarísimo, yo dividía mis pensamientos entre Perla (¿qué podría haber sido de ella?) y la interpretación de lo que recordaba del manuscrito Gardenfly.

Respecto a Perla, mis reflexiones no eran demasiado complicadas. Simplemente, recordaba su cuerpo, me preguntaba por dónde había escapado, y me resignaba porque no podía volver a Bissau, o me expondría a nuevos encuentros desagradables. Ya tenía bastante de eso. La proximidad de extraños me ponía los pelos de punta.

Me sobresaltó especialmente la aparición, en la mañana del primer día, de un yate de recreo con bandera australiana. «Cáscara de nuez», se llamaba el aparato de veinte metros de eslora. Empuñé la pistola «Glisenti» que me había agenciado durante el tiroteo y, mientras nos saludaban y sonreían, le quité el seguro. Luego, cuando el yate se perdió entre las islas del archipiélago, me relajé y seguí pensando en Perla.

En lo referente a la localización del lugar ansiado, las cosas no estaban tan fáciles como yo había pensado.

El primer día, nos metimos en la desembocadura del río Corubal. Yo me puse en pie y con los brazos en cruz, como hiciera el marino Gardenfly, la noche en que la tormenta se tragó el tesoro. Mi mano derecha señalaba al Este, «donde nace el sol», y mi mano izquierda al Oeste, donde muere el sol. Teníamos que paramos cuando apareciera a estribor algo parecido a una campana y a babor «el ojo centelleante».

—¿A qué se refería cuando hablaba de «ojo centelleante» si en el siglo XVIII no había faros?

No hubo suerte. Dejamos la investigación para la noche, puesto que Gardenfly hablaba de «estrellas» en la costa, y eso hacía pensar en luces de ciudad en la oscuridad, y quizá fuera un dato a tener en cuenta.

Salimos en la «Nemrod». Leo Cano, Luigi Forlani y yo. Y regresamos otra vez con las manos vacías. De cualquier forma, y puesto que la actual Bissau está fundada sobre el puerto colonial portugués de la época, no me cabía duda de que las «estrellas en la costa» se referían a esta población, así que parecía correcto que nos orientáramos en la desembocadura del río, colocándonos al sur de Bissau. Eso dejaba muy pocas posibilidades.

Por eso, al día siguiente, nos dedicamos a hacer excursiones por tierra en busca de la campana y del improbable «ojo centelleante». No tardamos en encontrar la primera. Hay que reconocer que el amigo loco Gardenfly nos había puesto las cosas fáciles. En la desembocadura del río Corubal, una persona que se coloque al sur de Bissau y que ponga sus brazos en cruz no tiene muchas oportunidades de señalar campanas antiguas. Añadiendo a este dato que Gardenfly vio los puntos de referencia de noche y desde el mar, tenían que ser especialmente visibles.

No tardamos en encontrar la vieja fortificación portuguesa en ruinas, en lo alto de un cerro. La parte más visible de la construcción era el campanario de la iglesia colonial.

Volvimos a la barca y repetí la peripecia de los brazos en cruz. Encontrar el «ojo centelleante» fue cosa de un instante.

No era de noche cuando habían naufragado el «Jungfrau» y el «Lyon», sino exactamente a la puesta del sol. En ese momento, desde un punto preciso y sólo desde ese punto, se podía ver al sol haciendo guiños al pasar tras unas rocas horadadas por el viento.

Era un espectáculo hermoso, fascinante…

… Y resultaba más maravilloso aún si uno pensaba que más de dos siglos atrás un hombre había visto aquella misma maravilla antes de naufragar.

La mano izquierda señalando a la roca que centelleaba alegremente, la mano derecha al campanario del fuerte portugués, ya pude gritar:

—*¡El tesoro Gardenfly está justamente debajo de mis pies!*

Echamos el ancla, decididos a dormir en la «Nemrod» para no perder la ubicación. Dormimos sobre una tonelada de oro.

El día siguiente amaneció azul y deslumbrante. El resto de la expedición se acercó hasta nosotros en un bote de remos. Me sorprendió que *Mamrna* Amletta viniera llorando a lágrima viva.

—¿Qué le pasa?

—*Niente, niente…* —decía ella.

—Es de alegría —me aclaró Sandro.

Y yo estaba demasiado preocupado por el tesoro como para darle a eso significados nefastos.

Yo había acudido a los Forlani porque son pescadores de coral. Quizá los mejores buceadores del mundo se puedan encontrar entre los pescadores de coral sicilianos y los buscadores de ostras japoneses. Hoy día, hay tramposos que pescan el coral desde barcos de arrastre, destrozando el fondo, arrancándolo de raíz, de forma que difícilmente podrá regenerarse de nuevo. Pero los Forlani eran artesanos, de los de la antigua escuela, de los que bajan a elegir cada rama con sus propias manos y que cortan con la minuciosidad de un cirujano.

—Adelante, chicos.

Ni siquiera me fijé en que el «Cáscara de Nuez» deambulaba por las cercanías. Todos estuvimos en vilo toda la mañana, viendo cómo Sandro y Luigi se sumergían y emergían una y otra vez, trayendo esperanzas («Creo que he visto algo») o decepciones («Bah, era una lata»). Gronk, Leo Cano y yo contemplábamos extasiados cómo nadaban bajo las aguas transparentes, cómo pataleaban para perderse en la profundidad verde, cómo iban y venían. Incluso Gronk parecía arrebatado por la emoción de algo que no sé si comprendía.

Y, de pronto, cuando vi el destello amarillo en el verde del

fondo, supe que lo habíamos encontrado. No sé por qué, en aquel momento fui consciente de que *Mamma* Amletta Forlani estaba llorando a moco tendido y me pregunté a qué sería debido. Pero monopolizaba mi atención el destello dorado. Tras él, empezó a materializarse la figura de Sandro, que ascendía con el brazo estirado hacia nosotros, trayendo el trofeo.

El escudo de oro salió de las aguas, hacia nosotros, como sale la *vedette* al escenario, en un estallido de luz, lentejuelas, música, belleza, alegría y entusiasmo.

Y luego surgió el rostro de Sandro Forlani:

—¡Y hay más! ¡Muchísimos más…!

Mamma Forlani doraba.

El «Cáscara de Nuez» se acercaba directamente hacia nosotros.

Aquello me olió a traición. *Mamma* Amletta Forlani lloraba por mí. Y el yate de recreo de bandera australiana venía directamente hacia mí. Y entonces creí entenderlo todo y busqué mi pistola «Glisenti» y Leo Cano me dijo:

—No ofrezcas resistencia, Indiana. Lo siento, pero así son las cosas…

No pude ofrecer resistencia porque el yate ya estaba a nuestro lado. Y a bordo vi al niñato gordito de New Westiminster, Vancouver, Canadá, aquél que vestía Fred Perry y que atendía por «Alacrán». Y junto a él estaba el capitán japonés Hu Kanato, el ballenero que se dedicaba al tráfico de armas. Y miré alrededor y resultó que Leo Cano Cornejo Gutiérrez me estaba encañonando con dos pistolas, y que los hermanos Forlani no estaban dispuestos a ayudarme, y que mi amigo Gronk no entendía nada…

… Y por eso era por lo que lloraba *Mamma* Amletta.

—Tienes que comprenderlo… —balbuceó Sandro—. No podíamos hacer otra cosa. Nos han dicho que, si les ayudábamos, don Caloggero nos dejaría en paz y nos pondría otra casa…

—Sube al yate, Indiana —me ordenó Leo Cano.

Subí. Me sujetaron. Leo Cano también subió. Le miré dolorido. Dolorido en el alma. Dioses, cómo puedo ser tan tonto. ¿Es que nunca perderé la fe en el ser humano?

—¡Largaos!

Pusieron en marcha la «Nemrod» y les vi alejarse en una infinita renuncia. Renunciaban al tesoro, a la amistad y a la fidelidad

debida a un amigo. La barca que se alejaba me pareció tan triste como un funeral, y *Mamma* Amletta era la plañidera, y casi me derretí al ver que Gronk, muy cuidadosamente, trataba de consolarla.

Recordé que Alex había hablado con la Mafia Internacional, en sus intentos por encontrarme a mí. Miré al «Alacrán» y sonreí con la mueca triste del vencido…

—Qué gran maquinación —suspiré.

—La pequeña empresa ya no tiene nada que hacer en este mundo —anunció «Alacrán»—. Tú eres el pequeño tendero y nosotros somos la multinacional. Cuando ese idiota, de Alex anunció que te buscaba y habló de un tesoro, comprenderás que Mafia Internacional decidiera quedarse con todo y no verse en la necesidad de compartir con nadie. Cientos de personas en todo el mundo estaban pensando en ti, Indiana James, confiando en que se cumpliera el refrán de que «mala hierba nunca muere». Y, un día, apareciste para pedirme un pasaporte y un trabajo. ¡Por Jove…! ¡Qué feliz me hiciste aquel día!

Me estaban atando las manos atrás.

—Tú me metiste en el barco de Hu Kanato —seguí yo— y allí hicimos una comedia que creara una indestructible amistad con el amigo Leo…

—No todo fue comedia, Indiana —me corrigió Leo Cano—. Aquel maldito artillero quería matarnos de verdad. Yo sólo tenía que convencerte de que robáramos a Kanato y de que huyéramos juntos. Nada une tanto como un buen asalto…

—Cuando te dije que quería pasar por Sicilia, supongo que fuiste tú quien…

—Sí —dijo Leo—. Tenemos prácticamente toda tu historia. Bastó echar una ojeada al fichero para saber a quién conocías allí. Bien, parece que conocías a más gente, pero los Forlani eran los únicos buceadores…

—Así que telefoneaste diciendo que yo iba a llegar, para que don Caloggero los descubriera y los pusiera al borde de la muerte…

Ahora, me estaban atando una gran piedra a los pies.

—… Y, por tanto, al borde de la negociación —terminó «Alacrán», como impaciente—. Ya te he dicho que no podías ganar de ninguna forma. Y, oye, me perdonarás que abrevie el trámite,

pero es que tengo que buscar un tesoro… —Se le escapó la risa—: Una tonelada de oro me está esperando.

—¿No podrías simplemente pegarme un tiro en la cabeza?

—No seas grosero —me dijo.

Y me empujaron. Y caí a plomo al agua.

En el momento de zambullirme, pensé que era lógico que utilizaran aquel sistema para eliminarme. Era tópico de la Mafia Internacional, la multinacional del gansterismo organizado. Y mientras bajaba vertiginosamente hacia el fondo, decidí que después de todo era mejor así. Un tiro en la nuca era demasiado inmediato e irreversible. Aquella muerte lenta, en cambio, me daba la posibilidad de pensar en formas de escaparme.

Tratar de alcanzar mis tobillos con las manos, en un prodigio de equilibrio y contorsionismo…

Imposible.

El agua se volvió helada, y densa, y empezó a prensarme como para exprimirme antes de que llegara al fondo. Y yo trataba de no respirar, pero a la vez algo me decía: «¿De qué te sirve? Abre ya la boca y termina de una vez»… Me dio la impresión de que el agua, entraba en mí a través de los poros, o por los ojos, o por las orejas (¡Dioses, cómo dolían las orejas!), y de pronto el agua dejó de ser fresca para ser áspera y ardiente como el inmenso rascador de una demencial caja de fósforos. En ese instante, yo ya empezaba a delirar…

Me ardían los pulmones mientras el agua se oscurecía a mi alrededor, mientras peces crueles y sádicos me veían morir y se quedaban tan tranquilos, dejé de ver el sol, dejé de ver cualquier cosa, dejé de verme a mí y decidí abrir la boca y emborracharme de Océano Atlántico.

Mar Athyophycus, llamaban a esa porción del Océano en el siglo XVIII. Erudición para momentos antes de morir.

Deseé que un tiburón hambriento viniera a darse el festín conmigo. Quizá su primer mordisco rompiera mis cuerdas y así yo podría… Lo dicho: empezaba a delirar.

Me vi llegando al fondo donde me recibía el fulgor de las monedas de oro diseminadas. Era el fulgor de la alegría, el fulgor del infierno…

Para entonces, ya tenía las manos desatadas y me dije que,

puesto que las tenía desatadas, por qué no nadaba hacia la superficie. Ah, claro, los pies, la piedra. Imposible. Pero los pies también habían sido desatados. ¿Por qué demonios no subía yo hacia la superficie si tenía manos y pies libres?

Lo dicho: estaba delirando como si hubiera ingerido toda la reserva de LSD de todos los viejos *hippies* del mundo.

Cuando mi cabeza salió del agua, el aire puro, el sol, la salud, la alegría, la sorpresa y la ansiedad estuvieron a punto de matarme o de volverme loco. Entró demasiado aire en mis pulmones, y demasiada luz en mis ojos, y demasiada alegría en mi corazón. Casi fue peor el remedio que la enfermedad.

—¡Indiana, Indiana, Indiana, Indiana! —decía una voz vagamente conocida.

Perla. La vi, borracho de vida, y la abracé como para quebrarle todos los huesos. La besé con todos los besos a los que había renunciado poco antes, cuando pensaba que el amor se había acabado para siempre.

—Indiana —decía.

—Perla —decía yo.

Y así. Dioses, qué frenesí.

—Indiana, espera, diablos, espera… ¡Haz el favor de mirar eso!

Traté de hacer una composición de lugar. Sí: estábamos entre rocas, y a unos cien metros, en medio del agua, estaba el yate del «Alacrán» fondeado. ¿Qué tenía eso de particular?

—¿Se puede saber qué ha pasado? —Otra vez la pregunta del memo—. ¿Dónde te metiste cuando vinieron a salvarnos?

—Huí por el techo… ¡Pero mira eso!

—Sí, sí, ya miro.

—Huí por el techo. La entrada del camión y la explosión abrieron el techo hasta cerca de mi cabeza. Entonces, vi al tipo que conducía el camión, tu amigo, el que te salvaba. Y reconocí al mañoso con el que había estado hablando Alex mucho tiempo atrás. Decidí que no volvería a ponerme en manos de esos cerdos nunca más, y me icé por la cuerda, me columpié hasta el piso superior, y durante el tiroteo me escabullí… ¿Por qué no miras el yate?

—Porque le estoy mirando a ti.

—¡Pues haz el favor de mirar el yate! —Y siguió—: Luego, me puse en contacto con mis amigos del

A. E. I. O. U.
La verdad, es que creí que pertenecías a esa purria. Pero hoy, cuando he visto lo que te hacían… ¡¿Pero miras el barco o no?!

—¿Pero qué demonios le pasa al yate? ¿Para qué quieres que lo mire…?

Antes de que yo terminara de hablar, una fuerza invisible golpeó el aire y encrespó las aguas mientras un volcán parecía surgir del interior del «Cáscara de nuez». Un lametón de fuego y un humo negro que pronto fue barrido por las olas.

—Creí que te haría ilusión —me dijo Perla.

Estábamos tumbados sobre las blancas arenas de una zona que parecía desierta. Nos acariciaban las olas. Nos despeinaba la brisa. Y éramos ricos.

—Somos ricos, nena —dije.

—No somos ricos —me corrigió—. Pero el dinero no hace la felicidad. Abrí la boca para protestar, pero no hacía falta decir nada. Imaginé que el
A. E. I. O. U.
necesitaría mucho dinero para perseguir a los esclavistas de todo el mundo y, en cambio, fui incapaz de imaginarme encerrado en un castillo y rodeado de criados y de lujos por el resto de mi vida.

¿Hay lujo mejor que el de una isla de arena blanca, la sombra de los cocoteros, el rumor de las olas y las caricias de una mulata como Perla?

Lo he comprobado y puedo jurar que no.

La besé.

También imaginé que los negritos del
A. E. I. O.
U me darían alguna propinita para pagarme mis caprichos.

Qué menos.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraida de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Véase «El panteón flotante», publicado en esta colección. <<

[2] Lea la novela «Diente de perro», publicada en el número 2 de esta colección. <<

[3] Lea «El panteón flotante», en esta misma colección. < <

[4] Lea «El panteón flotante». < <